

VILLA de MADRID



Aquadador con su Burra al ordinario

mañ d. la. Cruz fe.

Sumario

Editorial. Carlos López Quesada.

Isabel II y su Canal. El Marqués de Lozoya.

Don Juan Bravo Murillo. Federico Carlos Sainz de Robles.

Madrid antes del Canal. F. Bonmati de Codecido.

Epoca del Canal. Antonio Velasco Zazo.

El agua en la calle. Manuel Pombo Angulo.

Fuentes de mi ciudad. J. G. Manrique de Lara.

El Canal de ayer. Gaspar Gómez de la Serna.

El Canal de mañana. Alvaro Bielza.

Nacimiento y recorrido del agua de Lozoya. José Leal Fuertes.

El agua de Madrid. Dr. C. Blanco Soler.

Isabel II en seis retratos. Enrique Pastor Mateos.

Vida corporativa.

Del viaje del Alcalde a Londres.

Dibujos de Serny.

Fotos: Loygorri y Loren.



VILLA *de* MADRID

REVISTA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PLAZA DE LA VILLA

CENTRO DE ESTUDIOS
MUNICIPALES
ANTONIO MAURA

Precio del ejemplar: 40 pesetas.

SUSCRIPCIONES:

Semestre 120 pesetas.

Año 240 »

Tel. 48 18 29

M A D R I D

AÑO II

NUM. 7

Ayuntamiento de Madrid



Editorial

El Delegado del Gobierno en el Canal de Isabel II y Concejal del Ayuntamiento de Madrid, nuestro querido compañero, ilustrísimo señor don Carlos López Quesada, encabeza, como es de ley, el número dedicado a conmemorar el centenario del Canal de Isabel II. Sus palabras sirven de pórtico a esta fecha gloriosa, en la que, sin embargo, no se excluye la previsión del futuro, como tampoco la excluyeron Bravo Murillo y sus abnegados compañeros.

EL centenario del Canal de Isabel II marca una fecha decisiva en la historia de Madrid. En realidad, si Madrid ha podido alcanzar su desarrollo actual es debido, de manera casi exclusiva, a la previsión de aquellos que idearon su abastecimiento de aguas, en unas condiciones y con una dimensión que, por sus tiempos, se juzgó quimera. La «aventura del Canal», como se reprochaba a Bravo Murillo, trajo, a la fin, ventura para Madrid. Las necesidades del momento hacían parecer desmesurada la empresa, pero, por una vez, no se proyectó con cicatería, sino que la amplia visión de Bravo Murillo y sus colaboradores intuyó esta gran capital que hoy vivimos, este Madrid que se desborda y que gana día a día grandeza. Pero, por ser grande en todo, Madrid ha crecido también en sus problemas. Asusta pensar cuáles serían, en relación con el suministro de agua, los actuales, si hace cien años unos hombres —y una mujer también, que era reina, no lo olvidemos— no hubiesen hecho realidad lo que por muchos se reputaba fantasía; no hubiesen tenido fe en el desarrollo de Madrid y no hubiesen actuado como se debe actuar, con el pensamiento puesto en el futuro y el desdén fijado en las críticas del presente.

Madrid, en el año de gracia de 1848, tenía unos 200.000 habitantes, y sus lindes iban, desde los actuales Bulevares, hasta las Rondas, el Botánico, la plaza de España y la calle de la Princesa. Para abastecerse de aguas contaba con el caudal tantas veces denigrado del río Manzanares, y con las traídas y venas subterráneas, que generalmente se alumbraban por pozos y norias. El grito de «¡agua va!», y las idas y venidas de los aguadores, eran algo consustancial con la vida de la ciudad. Con esto se enfrentó Bravo Murillo al nombrar la comisión constituida por los Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, don Juan Rafo y don Juan Ribera, que, sobre los proyectos existentes, idearon el gran proyecto que hoy permite abastecer a la capital. El presupuesto —de veinte millones de pesetas— pareció locura en aquellos tiempos. Y la obra, controlada con ardoroso afán por un Consejo de Administración, en el que figuraban el conde de Sástago, el marqués del Socorro, don Manuel Cantero y don José García Otero, entre otros, pudo parecerlo también, por cómo se desarrollaron los trabajos y cómo se superaron toda suerte de contrariedades, entre las que no fué la menor el saneamiento de terreno para

evitar la permeabilidad de la presa. Se trabajó día y noche, y ni la epidemia de cólera de 1845 fué bastante para impedir que un 24 de junio gozoso, en 1858 —ahora ha hecho cien años— las colgaduras y el júbilo de Madrid proclamasen el feliz remate de una empresa que por muchos se juzgó utopía.

Lección de férrea voluntad, y, sobre todo, lección de sabia previsión. En estos momentos, cuando el Canal de Isabel II sirve todavía para abastecer a un Madrid en crecimiento continuo, debemos recoger ambas lecciones, sobre todo la última. La anexión a la capital de los pueblos limítrofes, el constante crecimiento de su cinturón suburbano, el aumento continuo de su zona fabril, y la afluencia sin pausa de gentes que vienen de otras provincias para buscar trabajo y futuro en la capital de las Españas, hacen que aquel magnífico proyecto, y aquella esplendorosa realidad, de Bravo Murillo lleguen ya a sus límites. Es necesario aumentar la traída de aguas; es preciso incrementar aquel Canal de Isabel II que se juzgó excesivo. De nuevo nos encontramos con el problema del agua en Madrid, que, si gracias a la previsión de los iniciadores del Canal no ofrece caracteres dramáticos, pudiera ofrecerlos en el caso de desdeñarse las nuevas circunstancias que diariamente se nos presentan y recrearnos en una molicie que tendría caracteres de auténtico abandono.

Afortunadamente, ni el Canal, ni el Estado, ni el Municipio se duermen sobre sus laureles. La amplitud con que el Canal de Isabel II fué concebido permite acometer nuevas obras que resuelvan los nuevos problemas. Pero es preciso prestar toda la ayuda y toda la atención posible a este tema del abastecimiento de aguas a Madrid, y acometerlo con la misma decisión y la misma amplitud de miras con que en un principio fué acometido. Es preciso luchar con valor y con medios suficientes, cuando todavía se dispone de una magnífica oportunidad, para dotar a la capital de España del agua necesaria a su futuro desenvolvimiento. Y no ceder ante las dificultades del momento, que nos harían, en un futuro no lejano, responsables ante los que, en su tiempo, plasmaron la idea genial del Canal de Isabel II, y ante los que, después, han de juzgarnos desde la alta tribuna de la historia.

CARLOS LÓPEZ QUESADA

Isabel II y su

LOS académicos que en el siglo XVIII componían odas mitológicas con motivo de inauguraciones o repartos de premios solían invocar en ellas al «Padre Manzanares», que imaginaban tendido en su lecho de ovas y coronado con plantas acuáticas. En realidad el padre acuático de la Villa de Madrid no es el Manzanares, víctima por su escasez de las sátiras de los escritores, sino el Lozoya, el alegre manantial serrano de finísimas aguas que se despeña desde las lagunas de Peñalara hasta la cartuja de El Páular, pasa por la villa de Lozoya, señorío de los Xuárez de la Concha y de los Contreras y por la de Buitrago, que lo fué del Marqués de los Proverbios, para verter su caudal en el Jarama. Por el Lozoya, Madrid ha podido transformarse de poblachón manchego en gran ciudad, tan bien servida en este aspecto que se dice que sus vecinos compar-

ten con los de Ginebra el honor de beber las linfas más puras de que pueda ufanarse ninguna capital de Europa.

Madrid está situado en un paraje tan frecuente en manantiales que se dice que su propio nombre deriva de la palabra «madre», en el sentido de fuente de donde surge el agua, pero es lo cierto que desde que el establecimiento de la corte en la villa morisca y rural, que produjo su desmesurado engrandecimiento, estuvo siempre mal servida de tan necesario elemento. El buen don Pascual Madoz, en su nunca bastante alabado diccionario, pondera la calidad del agua, pero se lamenta de su escasez «El agua que tiene Madrid para su provisión y abasto —escribía en 1847— nace y sale entre arena espesa y roja, adquirida por filtración entre unas minas subterráneas y se forma de las que derraman las sierras

Canal



Por el MARQUES DE LOZOYA

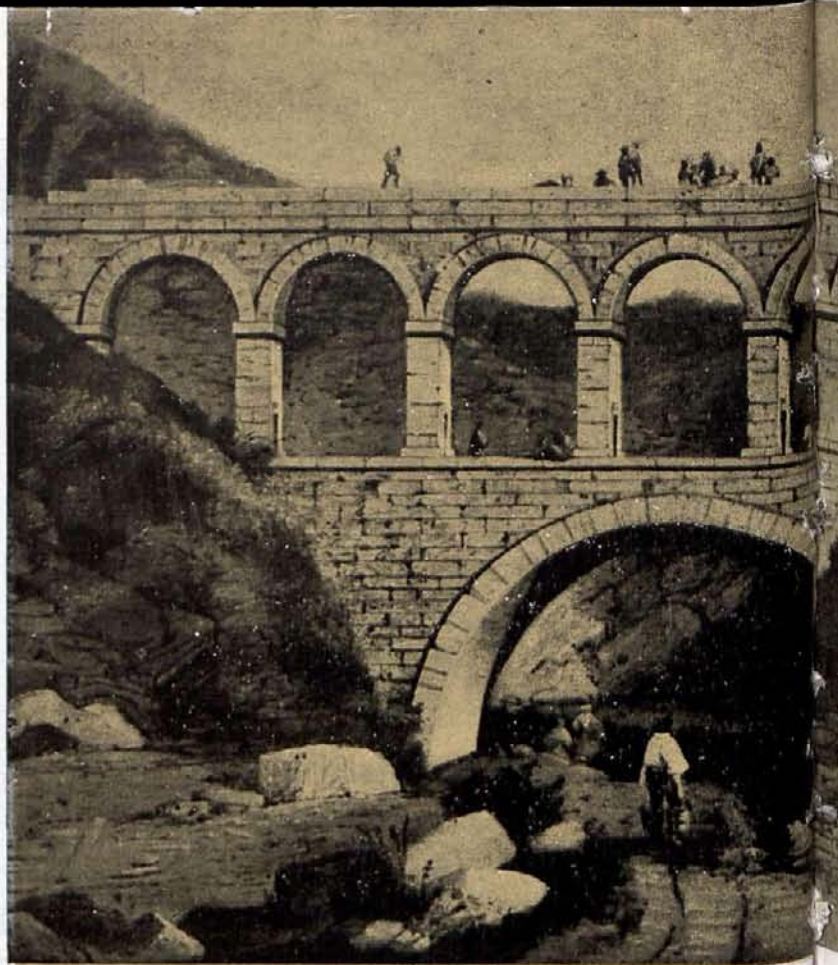
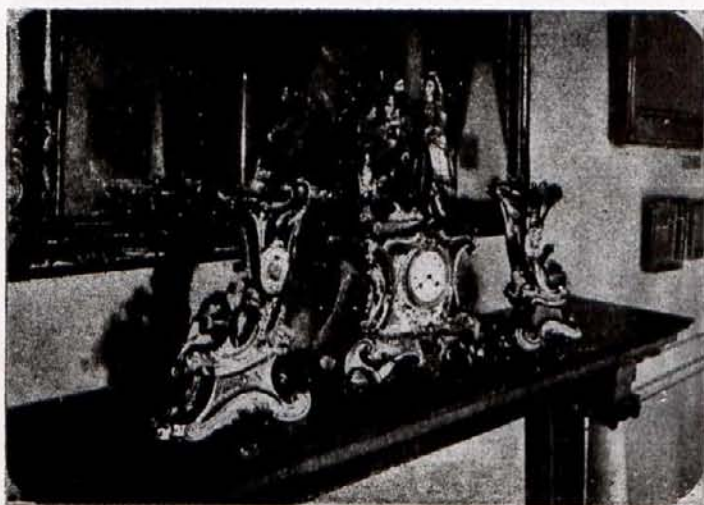
inmediatas, cuya circunstancia la hace sumamente delgada y de excelente calidad, de modo que no se halla en ella olor, color ni sabor.» El líquido, dotado de tan excelentes calidades, llegaba a la Corte a través de cuatro insuficientes viajes: Fuente Castellana, Alcubilla, Abroñigal Alto y Abroñigal Bajo, que alimentaban infinidad de fuentes, algunas muy bellas, como las que labró, con figuras mitológicas, Rutilio Gacci; la barroca de Antón Martín, obra de Pedro Ribera; las bellísimas del Prado, obra de don Juan Pascual de Mena, de don Manuel Alvarez y de don Francisco Gutiérrez; la de la calle de Toledo, obra del reinado de Fernando VII y la de los Galápagos, cuya elegante traza diseñó don Javier Mariátegui en 1832, a más de infinidad de caños esparcidos por plazas, encrucijadas y plazuelas. Carecían estas débiles corrientes de la fuerza necesaria para alcanzar los pi-

sos, y habían de subir a ellos encerrados en odres y cubas, a espaldas de los robustos aguadores, asturianos o gallegos, encargados de este menester. La diversidad de los viajes creaba preferencias hacia los unos o los otros y había *gourmets* del agua que se la hacían traer de una fuente determinada. Todo esto era pintoresco y posible en una época en que el baño no se usaba, sino en caso de enfermedad grave y en que la gente empleaba en su tocador recipientes, a veces muy bellos, pero poco mayores que un tazón para café.

Los Borbones, de Carlos III a Isabel II, tienen un sentido urbanístico que, desgraciadamente, no ha continuado después. A ellos se debe la belleza urbana de Madrid; cuanto da a la Villa categoría europea: las Puertas de Alcalá y de Toledo, con la glorieta de las Pirámides; el Prado, el Palacio Real con sus ale-

daños. Es de admirar en Carlos III y en sus colaboradores la visión del porvenir: la concepción amplia de una ciudad futura de bellas perspectivas sobre la pintoresca maraña del Madrid de Trastamaras y de Habsburgos. El rey Carlos y su *factótum* Sabatini, se daban cuenta de que sus sueños eran imposibles con el escaso caudal de los antiguos viajes. El contingente de agua de Madrid era escasísimo en comparación con el de las grandes capitales europeas que se quería emular: París, Londres, Roma, Viena y, desde entonces, comienzan las cavilaciones para verter un río sobre la Villa, única manera de atender a sus crecientes necesidades. El ingeniero Sicré pensó en el Jarama, pero la dificultad de hacer subir las aguas hasta la acrópolis madrileña y la mala calidad del líquido hicieron que se abandonase el proyecto. El Conde de Cabarrús, don Juan de Villanueva, don Silvestre Pérez y hasta los ingenieros franceses de José Bonaparte, «el Rey Plazuelas», se calentaron los cascos para trazar un proyecto viable.

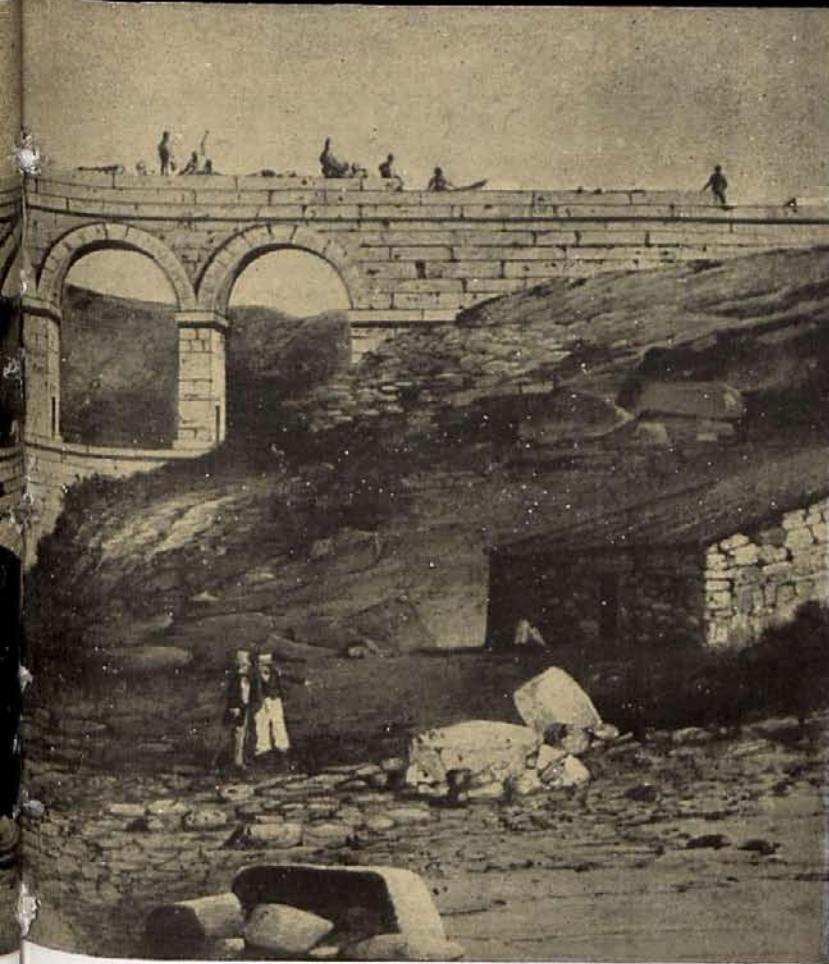
La historia del siglo XIX español, tan interesante y tan mal estudiada, se divide en épocas moderadas, en que la libertad se restringe, pero en las que hay sosiego para pensar en empresas de pública utilidad, y en épocas progresistas, en las que cada uno puede hacer lo que quiere, pero en las cuales nadie puede hacer nada de provecho, sino salvar su persona y sus bienes en medio de un presidio suelto. Una de las épocas moderadas, fecundas en obras útiles, es la de



Traída de aguas del Lozoya. Obras del Canal de Isabel II. Romántico

Fernando VII desde 1824 a 1833. Apenas retornado a su corte, en 1824, el rey dió un decreto en el cual se ofrecían premios y la ayuda oficial a quien lograra llevar a cabo la empresa. Otro decreto de 1829 encargó la difícil tarea al Ayuntamiento de Madrid. El rey, que se declaraba protector de la obra, la subvencionaba con una fuerte cantidad. Los proyectos, siempre a base de utilizar las aguas del Jarama o del Manzanares, fueron innumerables y aun cuando no diesen el resultado apetecido motivaron un estudio profundo de la cuenca hidrográfica de Madrid, que permitió, al cabo, el que se encontrara la solución apetecida.

El largo reinado de Isabel II fué, políticamente, funesto, pero es preciso reconocer en la soberana un afán por la cultura, que la llevó a patrocinar generosamente el movimiento romántico que en las letras, la música y las artes plásticas caracteriza la época, y su pasión borbónica por las obras públicas. Hay un neoclasicismo isabelino que humaniza la rigidez académica con la sensibilidad romántica y cuya huella da un singular encanto no sólo a las ciudades pen-

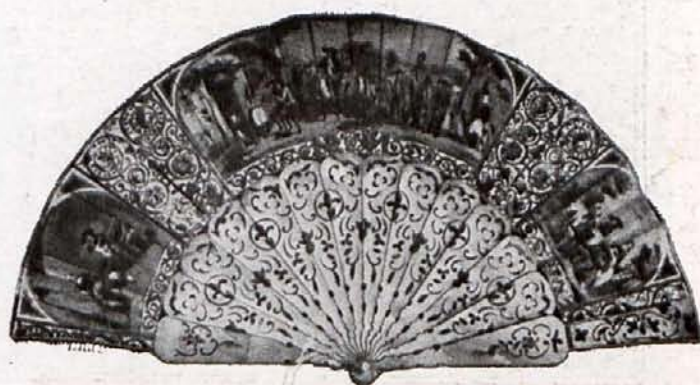


«Acueducto de la Sierra». Oleo de Nicolás Cabañero. 1859. (Museo de Madrid)

insulares, sino a las de las Españas antillanas. En el período moderado que va de la caída de Espartero a la revolución de 1854, acaso el único de relativa paz en el reinado, Madrid realiza un progreso que significa la continuación, según los nuevos avances, de la obra de los Borbones del siglo XVIII, pero el problema del agua seguía siendo el primordial. La reina, tan madrileña de corazón, estaba personalmente interesada en la empresa y encontró ésta un apasionado defensor en el presidente del Consejo de Ministros, don Juan Bravo Murillo, uno de los políticos más capacitados de este período de la historia de España. El Ayuntamiento de Madrid continuaba sus nivelaciones y sus tanteos. Hubo diversas propuestas particulares, como la de Mr. Estrenacher y la de don José de Llanos, pero el asunto era de tal magnitud que sólo el Estado tenía medios suficientes para llevarlo a su cima. Así lo comprendió el Ministerio Bravo Murillo, que en 1851 ordenó el comienzo de las obras necesarias según la memoria de los ingenieros don Juan Rafo y don Juan de Rivera, que demos-

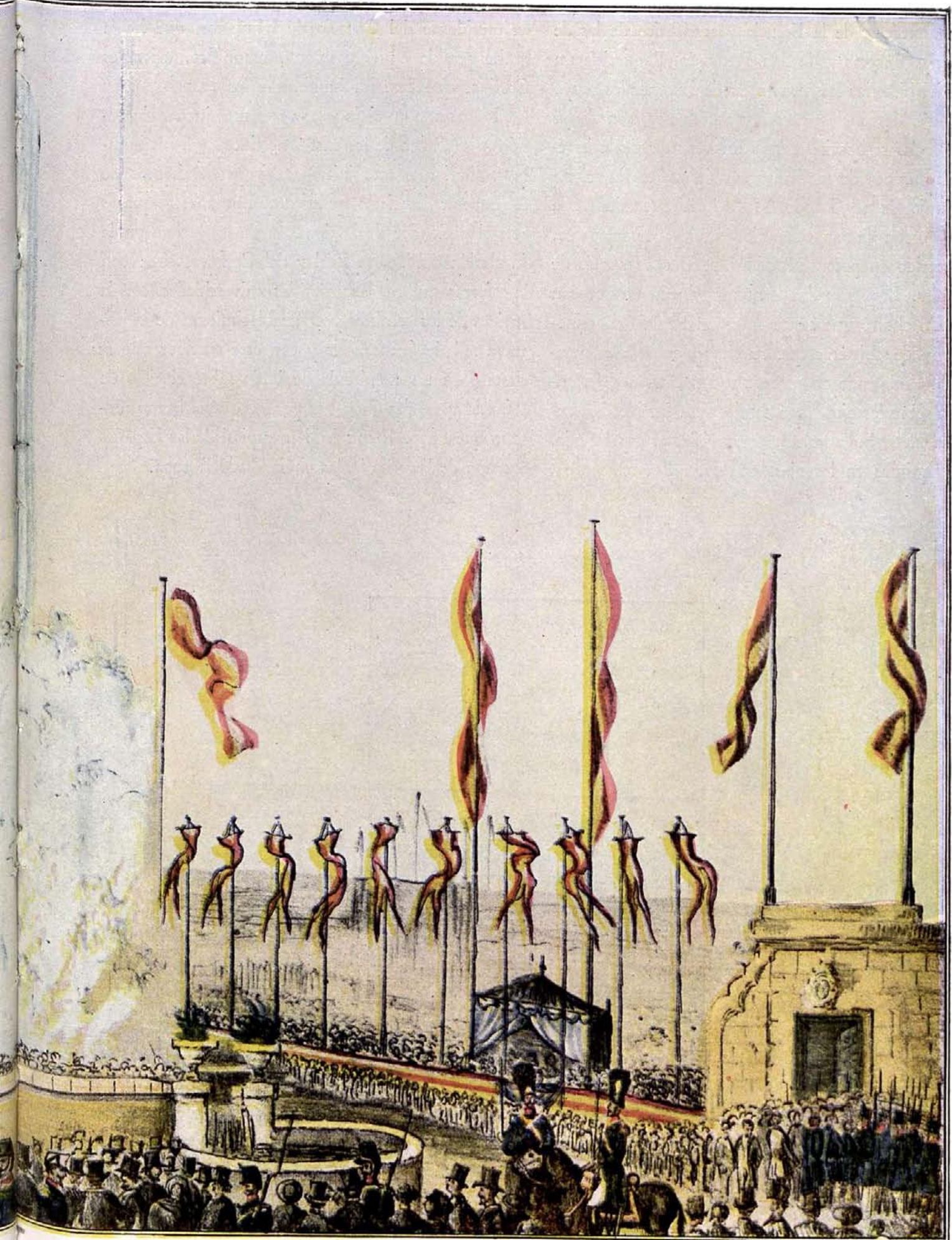
traban la posibilidad de traer a Madrid las aguas, de insuperable calidad, del río Lozoya. El Gobierno fijó como presupuesto para la terminación de los trabajos la cantidad, enorme para la época, de ochenta millones de reales.

No es de este lugar ni hay en él espacio para historiar las vicisitudes de una empresa de tal calibre. Sobrevinieron en España enormes trastornos políticos. Triunfó en las calles la revolución de 1854 y el Gobierno, que había intentado situar a España a la altura de las demás naciones europeas, fué proscrito y su obra condenada con inaudita violencia. La *Ilustración* del 24 de julio de aquel año habla del «tristemente célebre Bravo Murillo» y juzga la empresa de la europeización de España —en la cual hubo, sin duda, lamentables conclusiones— con estas palabras: «Ha existido hasta el célebre 28 de junio una sociedad en comandita para la explotación de todos los agios, de todos los negocios, que el país había de pagar con su sangre. Capitaneaba la Cristina (la madre de la reina) y su gerente Salamanca, monstruo de inmoralidad, era, como el vulgo suele decir, su testaferro.» Llenó los ámbitos de España la música ratonera del «Himno de Riego» y sabido es que sus notas tienen la virtud de exaltar la oratoria y de paralizar los trabajos públicos. Pero de la revolución se había salvado, a duras penas y a costa de las más humillantes concesiones, el trono de Isabel II y la reina y sus nuevos ministros lograron que los trabajos paralizados continuasen, ahora bajo la dirección de uno de los ingenieros más eminentes de España: don Lucio del





Fuente provisional de las aguas del Lozoya. En el acto



inauguración del Canal de Isabel II, el día 24 de junio de 1858.

Valle, profesor de la Escuela y académico de las de Ciencias Exactas y de San Fernando. Requeriría un libro el historiar las vicisitudes de los trabajos, cuyo conjunto de canales, presas y acueductos, constituye una de las realizaciones más importantes de la ingeniería europea de mediados del siglo. Por fin, el 24 de junio de 1858 todo Madrid, congregado en la calle Ancha de San Bernardo, saludó al Lozoya que, convertido en potente surtidor, se elevaba a más de 90 pies. Los grabados contemporáneos nos evocan a aquel chorro que surge entre un revuelo de crinolinas y de chisteras que se elevan en saludo entusiasta. Embozado en su capa y con las alas del sombrero sobre los ojos, procurando pasar inadvertido entre la plebe bullanguera, presenciaba el espectáculo, con lágrimas en los ojos, don Juan Bravo Murillo,

ex presidente del Consejo de Ministros, que había hecho posible aquel momento magnífico. «Esta es Castilla, que face los hombres e los gasta.»

Ha pasado un siglo y hoy podemos juzgar sin pasión a la «Reina de los tristes destinos» y a sus hombres. Para que este juicio sea imparcial hemos de contrapesar desaciertos políticos y humanas flaquezas con el esplendor de las letras y de las artes, con la fundación del Teatro Real y del Conservatorio; con la reforma que modernizaba las universidades, con la mejora de los caminos y el establecimiento de la primera red de ferrocarriles y con este surtidor que se destacó en un crepúsculo de junio sobre el cielo de Madrid y gracias al cual es posible que el burgo morisco que Felipe II convirtió en capital de las Españas sea una de las más bellas ciudades de Europa.





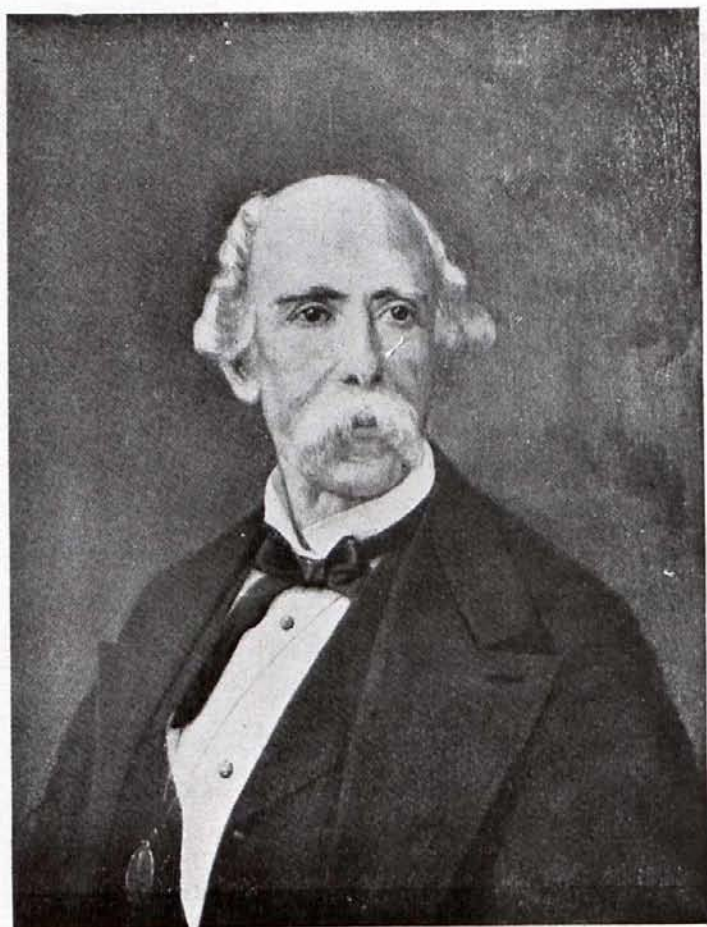
Don Juan Bravo Murillo

Por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

¿QUE si recuerdo a Bravo Murillo? ¡Vaya si me acuerdo de él! Ya he dicho muchas veces que mi memoria es prodigiosa, singularmente cuando ha de referirse a seres con quienes estuve ligado, a sucesos de los que fuí protagonista, a cosas que se alaparon a mi existencia como los moluscos a la roca, con mimetismo asombroso, pese a tener yo bien poco de inanimado.

Pues bien, Bravo Murillo, don Juan, fué un personaje de muchos bemoles, cada uno de los cuales tuvo

su entonación en semitono netamente matritense. No creo que cuanto Bravo Murillo hizo por mí fuera a consecuencia de un hondo afecto, y sí preocupación puramente política y «de circunstancias». Pero, aquí el refrán: «A caballo regalado, no le mires el diente». Y como los dones recibidos han de ser agradecidos, sin tener en cuenta cuáles fueran las intenciones del donante, yo debí mostrar mi gratitud al gran caballero extremeño, en su momento, y recordarla siempre que «venga al pelo».



Don Juan de Rivera

Con seguridad no recuerdo la fecha en que Bravo Murillo llegó a mis escenarios; pero sí la tengo de que empecé a fijarme en él entre un discurso famosísimo pronunciado en la Cámara de los Procuradores por un diputado «de la oposición» y un suceso político trascendental acaecido lejos de mí. El discurso mentado salió de la boca de don Joaquín Francisco Pacheco, político y escritor «de altura», académico de la Real de la Lengua. Y uno de sus más ardorosos párrafos fué subrayado en todos los periódicos y quedó prendido en la memoria de muchachos españoles y en la mía. Era una acusación implacable contra el actuante ministro de Justicia, y se ajustaba a estos términos: «Los acontecimientos de 1835 han elevado al Ministerio de Gracia y Justicia a una persona funestamente célebre, a quien han debido su degradación y su ruina la magistratura y la judicatura españolas. Las destituciones inmotivadas (entre ellas la de Bravo Murillo, fiscal en la Audiencia de Cáceres,

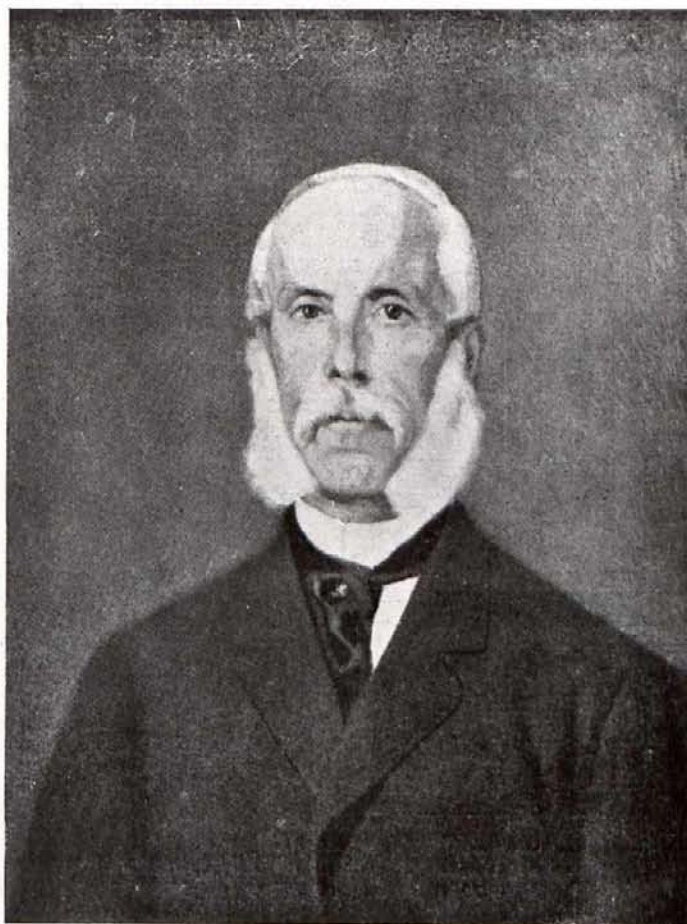
aclaro yo), las traslaciones no menos caprichosas del señor Gómez Becerra desquiciaron y envilecieron tales altísimas instituciones, poniendo los fundamentos de tantos desórdenes y de tan desastrosos resultados como hemos visto en la administración de la justicia de cinco años a esta parte.»

El suceso aludido fué el escandaloso motín de La Granja, acaecido el 12 de agosto de 1836, durante el cual dos sargentos barbianes, Gómez y Lucas, se le subieron al copete del moño a la reina gobernadora Doña María Cristina. Pues bien, entre discurso y suceso, cuando diariamente empezaba yo a *pasar lista* a mis ilustres personajes «mangoneadores», una voz nueva, la de Bravo Murillo, me contestaba a diario: «¡Presente!». Contaría entonces don Juan poco más de treinta años, y era alto, fornido, blanco de tez y castaño de cabellos. Vestía a lo lechuguino y muy repipi. Peinábase a lo poeta romántico, con la raya a un lado y las muy nutridas y onduladas crenchas cayéndole por detrás y hasta más abajo de las orejas. Y su preocupación constante constituía el cuidado y sobo de su barbita («a lo piloto de altura», fina línea salida de las anchas patillas para correrse por debajo del mentón, dejándole limpias las mejillas. Adinerado y famoso ya como abogado y articulista político, Bravo Murillo se adentró gozoso por mis escenarios, climas y ambientes. Hospedóse primeramente en la Fonda del Comercio, sita en el primer trozo empinado de mi calle de Alcalá, donde pagaba la exorbitante pensión diaria de cincuenta reales. Se bañó casi a diario en la Casa de Baños que el francés Monier había establecido en mi calle del Caballero de Gracia. Tuvo sus partiditas de chaquete en el Café Venecia, de mi calle del Prado. Asistió con frecuencia a la tertulia borrascosa de El Parnatillo, donde se hizo amigo de los Madrazo, Ferrer del Río, Colomer, Mesonero Romanos, Aníbal Álvarez, Carnicero y demás *elementos moderados* de la literatura, de la política y del arte. Fué de los primeros socios y parlanchines del Ateneo Científico y del Liceo Artístico. Pero se negó en redondo a formar parte de la famosa sociedad

levantisca de *Los Caballeros de la Cuchara*, dirigida por el conspirador de oficio —entonces— Salustiano Olózaga, y de la no menos célebre *Partida del Trueno*, cuyos fogosísimos desafueros atizaban Espronceda, Pezuela y Patricio de la Escosura.

Si yo les dijera a ustedes que Bravo Murillo *me cayó simpático*, les mentiría. Reconociendo su talento natural, sus muchos estudios bien digeridos, sus nobles ambiciones, sus honestas costumbres, su empaque de gran señor, algo había en él que impedía el nacimiento de cualquier afecto hondo y duradero hacia su persona. Acaso su énfasis. Quizá su constante reserva mental. Tal vez *lo estirado* de su temperamento. Pero que mi escasa afición por él no fué puro capricho mío, pruébanlo que participaron de idénticos recelos y desafectos desde la reina Doña Isabel II —tan derrochona y jacarandosa de arrechuchos amistosos— hasta los diputados en Cortes más insignificantes, pasando por los más destacados políticos de todos los partidos en vigencia: moderados, progresistas, liberales... Don Juan Bravo Murillo acaso no motivó ninguno de esos odios calificados como «africanos», pero se largó «al otro mundo» —entonces se decía «el otro barrio»— sin haber provocado ni una amistad sincera ni una leal idolatría política. Extrañísima verdad cuando se piensa que fué uno de los políticos españoles que en menos tiempo, de 1847 a 1858, realizó una labor más abnegada y fecunda en bien de su patria, y muy especialmente a mi favor. Por el contrario, pocos hombres públicos tan simpáticos como don Salustiano Olózaga, y, sin embargo, en los muchos años que actuó en la política activa no realizó algo de provecho.

La carrera política de don Juan Bravo Murillo alcanzó una rapidez meteórico. En las Cortes de 1837 y 1840 representó las circunscripciones de Sevilla y Avila. Entre 1847 y 1858 fué ministro de Gracia y Justicia, Fomento, Hacienda e Instrucción Pública. Y de 1850 a 1852, presidente del Consejo de Ministros como jefe de la fracción menos moderada del partido moderado. Todavía en 1857 rehusó el Poder que «muy



Don Juan Rafo

a la trágala» le ofreció la reina castiza. En el mismo año ocupó la Presidencia de la Cámara de Diputados. Si mal no recuerdo, la primera vez que llegó a ministro lo debió al duque de Sotomayor, y la segunda a don Ramón Narváez. Y... ¡lo que son las cosas!, precisamente fué Narváez, con González Bravo, quienes pusieron todo su empeño para evitar que Bravo Murillo volviese a desempeñar ningún otro cargo público.

Dos veces, entre 1840 y 1858, perdí de vista a don Juan, quien hubo de salir de estampía y... de mí para evitarse mayores males. Una en 1841, por haberse comprometido en las conjuraciones tramadas contra la regencia de Espartero. Y otra, cuando la revolución de 1854. Sus dos exilios los vivió en Francia, dedicado a los estudios políticos y financieros.

En tan meteórica carrera, Bravo Murillo se apuntó bastantes éxitos. Y acaso fueran más y mayores si él hubiera sabido hacerse simpático, atrayéndose la aquiescencia regia y la colaboración de esos gru-

pitos parlamentarios que suelen «nadar entre dos aguas» durante las dos legislaturas. Pero ya he dicho que pecó siempre de retraído y engolado, de personaje que cree «sabérselas todas» y resolver los más peliagudos problemas sin otras ayudas que las de su talento y su voluntad. En su oratoria hubo demasiado énfasis, y en su comportamiento social excesiva suficiencia y rígida actuación. No fué, no, flexible don Juan. Y le importaron «muy pocos pitos» las querencias y los intereses ajenos. Iba él a lo *suyo*. Mas conviene advertir que lo *suyo* casi siempre fué el bien del país.

En su haber de gobernante debemos apuntar:

Primero. Un dictamen presentado a las Cortes —24 de febrero de 1849— que no llegó a discutirse, pero que fué el primer proyecto legislativo de los ferrocarrils.

Segundo. Otro proyecto, encomendado a los ingenieros don Juan Rafo y don Juan Rivera —10 de marzo de 1848— para la construcción del Canal de Isabel II, que abastecería de agua potable la capital de España.

Tercero. El Real Decreto de 18 de junio de 1858, de la traída de las deliciosas aguas del Lozoya.

Cuarto. Haber adelantado la terminación del segundo ferrocarril de España, el que me unía con Aranjuez, cuya inauguración tuvo efemérides el 9 de febrero de 1850. El entonces arzobispo de Toledo, Guerra y Orbe, bendijo el tren, los rieles y las estaciones. Y la reina Doña Isabel con sus familiares, el Gobierno en pleno y mis autoridades civiles y militares llenaron los coches —adornados con banderitas y guirnaldas— y mantuvieron, durante los sesenta y cinco minutos que se tardó en el recorrido, esas expresiones de sorpresa gozosa y de temor mal disimulado con que los niños de hoy van en los ferrocarriles enanos de los parques o de las ferias.

Quinto. Haber dividido las Facultades de Medicina en dos categorías: de primera, las de Barcelona, Cádiz y la mía. Y de segunda, las de Valencia, Salamanca, Granada y Santiago. Lo que uno —yo, en el presente caso— no se explica bien es el porqué de que los aspirantes a galenos de las Facultades de segunda categoría hubiesen de estudiar dos cursos menos. Y es que uno no supone —y acaso acertadamente— que tan hijos de Dios son los enfermos de Granada, Valencia, Salamanca y Santiago, como los de Barcelona, Cádiz y míos.

Sexto. La Ley de Contabilidad de la Hacienda Pública, que lleva su nombre, aprobada —1849— cuando era ministro del ramo.

Séptimo. El proyecto —aprobado por las Cortes en julio de 1857— para el arreglo congruente de la Deuda Pública.

Octavo. Su constante y decidida reivindicación del poder civil, dotándolo de autoridad suficiente para acabar con el pretorianismo, una de las dos plagas —la otra, el caciquismo— que padeció nuestra España durante el siglo XIX.

Plagas que le impidieron medrar «en el concierto europeo», motivando que se la considerase en el extranjero como el «país africano» más próximo a Europa.

Mi memoria guarda fidelísimamente dos retratos de don Juan Bravo Murillo. Los que *le saqué* durante dos solemnidades de «las de aúpa»: la inauguración del ferrocarril que me unió con Aranjuez y la inauguración de la primera fuente de las aguas del Lozoya, situada en los altos del camino de Fuencarral. Contaba, respectivamente, cuarenta y siete y cincuenta y cinco años. Ya estaba metidito en carnes aburguesadas. Permanecía su cabello ondulado y romántico. Pero había se despojado de la cinta de su barbita y sólo presumía de patillas nutridas y rizadas. En las dos ocasiones vestía impecable levitón cerrado, cuello almidonado abier-

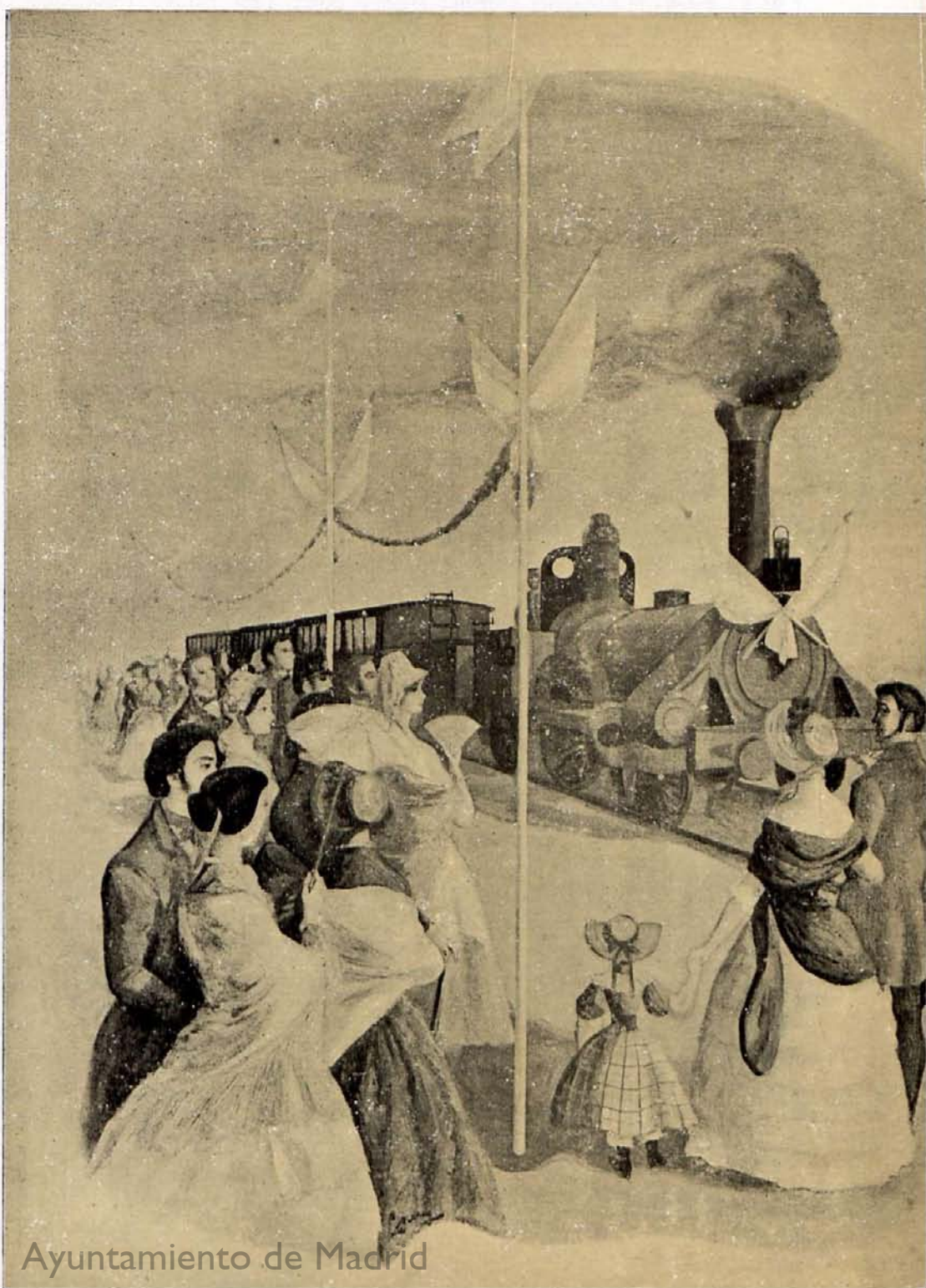


to bajo el mentón, corbatín de seda, pantalón ceñido y botitos. Del hombro derecho a la cadera izquierda, una banda espléndida. Y en las solapas de seda, varias, pesadas y ricas condecoraciones. En ambas ocasiones sonreía melifluo, diplomático y permanecía, eso sí, sin relajar la tirantez de su engallamiento habitual. Yo creo que Bravo Murillo se pareció bastante, ya cincuentón, al magnífico Marqués de Salamanca. Este parecido pueden comprobarlo ustedes mismos, lectores míos, si se toman la molestia de contemplar las estatuas de ambos personajes que hoy presiden la Glorieta de Bilbao y la Plaza de Salamanca.

Nota del amanuense.—Creo muy oportuno añadir algunas noticias de don Juan Bravo Murillo que completan la referencia que me dictó *mi adorado jefe*. Bravo Murillo nació en Fregenal de la Sierra (Badajoz) el 24 de junio de 1803 y murió en Madrid el 11 de febrero de 1873. Estudió Teología y Derecho en las Universidades de Sevilla y Salamanca. En aquella ciudad ejerció la abogacía con honra y provecho. Durante dos años desempeñó la fiscalía en la Audiencia de Cáceres. Ya en Madrid, fundó —en colaboración con don Joaquín Francisco Pacheco— el *Boletín de la Jurisprudencia*, en cuyas páginas publicó su famosísimo *Comentario al Reglamento Provisional de la Administración de Justicia*, que mereció las encendidas alabanzas de dos juristas de la talla de don Manuel Cortina y de Alonso Martínez. Con Donoso Cortés, González Llanos y Dionisio Galiano fundaron el diario *El Por-*

venir, que tan enérgicamente combatió las doctrinas y los actos revolucionarios. Desaparecido tal diario, con idénticos amigos, dieron existencia, tan breve como agitada, al titulado *El Piloto*, aún más exaltado en su moderación.—Vale.

FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

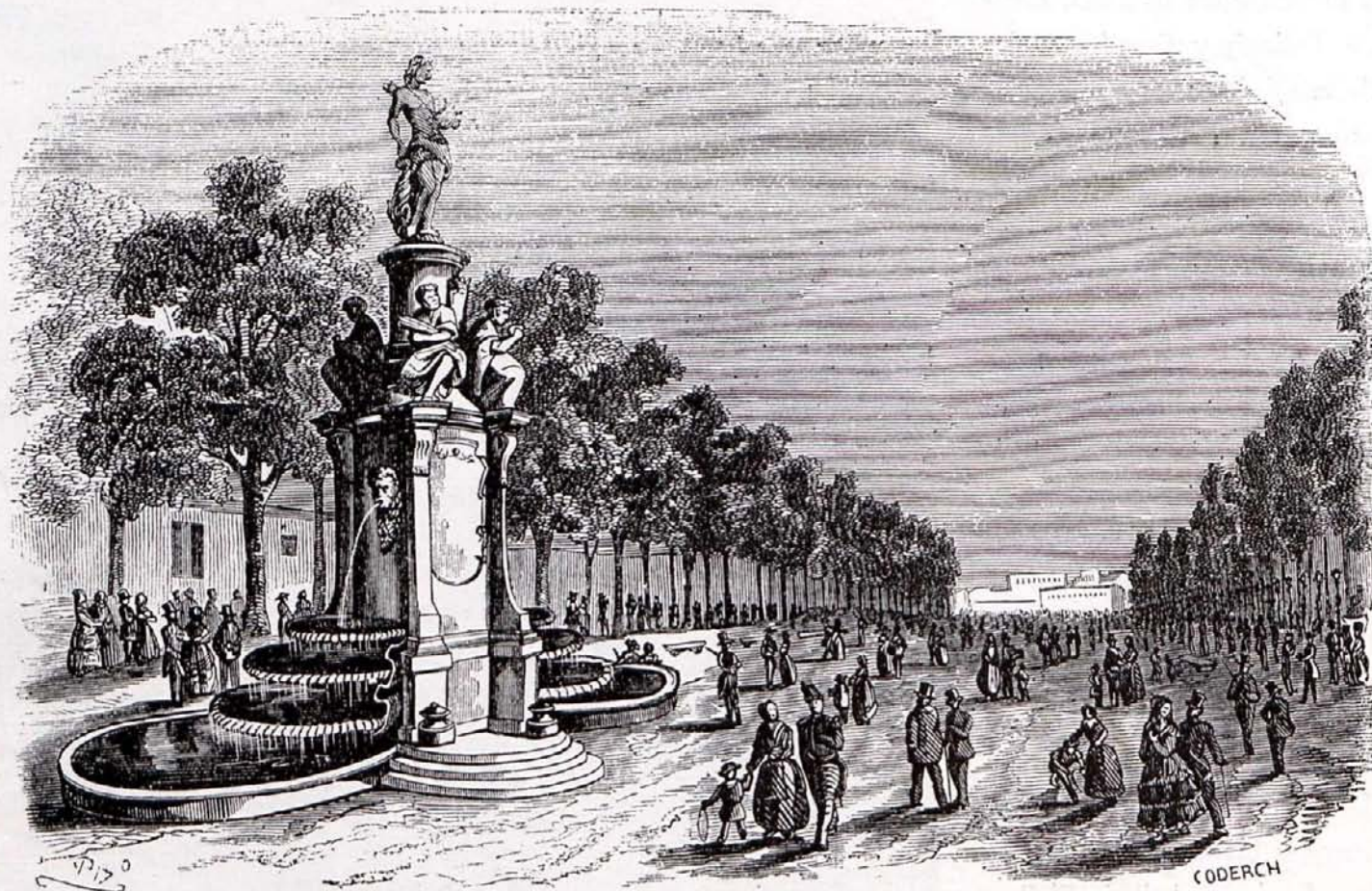


Ayuntamiento de Madrid

Madrid antes del

MADRID castizo y romántico de los años cenitales de la reina nuestra señora doña Ysabel II. En sus calles y plazuelas la reliquia antañona de algún prócer palacio de otras edades; la mole severa y católica de los conventos salvados del huracán antirreligioso del año treinta y cuatro; acá y allá, construcciones de nueva planta y moderna factura,alzada sobre solares de derribo de antiguos conventos y rancias casuchas, que van cambiando totalmente la fisonomía de Madrid al impulso

de un afán de engrandecimiento que tiene su primer aliento poderoso en los años magistrales de capitanía municipal del señor Corregidor don Joaquín Vizcaino, marqués viudo de Pontejos. En el laberinto difícil de encrucijadas y callejas angostas de un Madrid dormido en el regazo tapial de Don Felipe IV, van abriendo la gracia de su luz y su ensanche plazas como la de Oriente, la de Bilbao, la del Progreso, la de Ysabel II, y distritos como los de Barquillo, Recoletos y Congreso. La Puerta del Sol, enferma de



Canal

POR F. BONMATI DE CODECIDO

tradición y de historia, con el latido trepidante de su corazón de España, se alivia del estrujamiento de las calles que la ciñen y la aprietan, estrenando su nuevo trazado más espacioso y más bello. Alza en ella «La Mariblanca» sus perfiles castizos sobre la peana rumorosa y fresca de sus cuatro caños; como en la Red de San Luis, los delfines y genios de piedra caliza blanca de la fuente de los Galápagos; y, a la entrada de la Arganzuela, la «fuentecilla» con su grifo y su oso en piedra escapado de los campos heráldicos de la Villa; y en el Salón del Prado, la de Apolo, luciendo artísticas maestrías de talla; y la de la Alcachofa en la puerta de Atocha, ceñida por un Tritón y una Nereida; y, allá lejos, orilla del camino que conduce a la docta Alcalá, la Fuente del Berro con el antiguo privilegio de calmar la sed de las reales personas.

Por este Madrid, desgarro y gracia, ademán y postura barriobajeras, doliente de románticos desmayos pasionales a la moda, enfervorizado de tribunicias arengas de mesa de café, cruzado por continuas conjuras políticas y asaltado por jaques espadones de pronunciamiento, iban románticas damiselas con su miriñaque y sus lánguidos ojos de penitencia amorosa; galanes con su chistera y su frac o su levita de color ala de mosca con un Werter o un Larra atezándoles el pecho; iban «manolas» del Lavapiés, nietas barbianas de aquella Manuela la del ventorro de los madriles austríacos, hijas de las bravías majas del 2 de Mayo hembras de rompe y rasga, abuelas del pinturerismo reminiscente de las actuales madrileñas de La Corrala; chisperos de chaquetilla corta, patillas, faja, catite y navajón; lindos, petimetres, pisaverdes, lechuguinos, bizarros militares de vistosos uniformes; frailes, curas, monjas; la grey mele-



nuda de los de la pluma, el pincel y el pentagrama; el harapo pedigüeño; la honrada artesanía, y esa picaresca que tuvo siempre en el milagro de la corte su sevillano patio de Monipodio, su Azoguejo segoviano, su cordobesa plaza del Potro y su Zocodover toledano para campo de sus hazañas.

Todas estas gentes que habitan la estampa madrileña que va desde la mayoría de edad de la reina, 1843, a la inauguración del Canal que lleva su nombre, 1858, se agitan, se mueven, lloran y ríen batiendo el pico cotorrón de sus «se dice»: «Se dice» que al encontrarse en Torrejón de Ardoz el ejército de Narváez, sublevado contra Espartero con el de Seoane, que salió de Madrid para defender al Regente, en vez de tiros, Seoane, deponiendo las armas, gritó: «Todos somos unos» y el pueblo, al saberlo, exclamó: «Unos... ¿qué?». Perilla mandona y voz de trueno de Narváez; don Salustiano Olózaga, el del discurso de la «Salve» en la apertura de las Cortes—«¡Dios salve a la reina! ¡Dios salve al país!»—deja la presidencia del Consejo. «Se dice» que Sor Patrocinio, la de las llagas, ha vuelto a sus visiones seráficas. Que la reina la visita con mucha frecuencia. Que el bueno del Padre Claret truena contra estas y otras cosas con sus abiertas vocales catalanas. Que si los Bufos. Que si el estreno de Hartzenbusch. Que si las fiestas de la reina madre en su palacio de

la calle de las Rejas a la vera de su legítimo esposo el señor duque de Riánsares.

«Se dice» que la otra tarde, entre dos luces, al volver la reina de su acostumbrado paseo en tálburi, guiado por ella y acompañada como siempre de su cuñada y prima doña María Teresa, cuando desembocaba por la calle de Alcalá en la Puerta del Sol, un sujeto le disparó dos tiros, mientras el pueblo la aclamaba delirante. «Se dice» que salió ilesa Su Majestad y que el agresor, linchado por la gente, fué entregado al jefe político don Patricio de la Escosura. «Se dice» que el escultor José Piquer es el autor de la estatua colocada a bombo y platillo en la plaza de la Opera, que se llamará de Ysabel II. «Se dice» del primer silbido de ferrocarril oído en los madriles cuando el 7 de diciembre del año cincuenta y uno sale del barracón de Atocha el primer tren camino de Aranjuez: tres locomotoras con tres vagones, como las jardineras de los tranvías, en los que va la corte y los personajes de la época.

—¡Pues esta sí que es grande! ¿No saben ustedes?

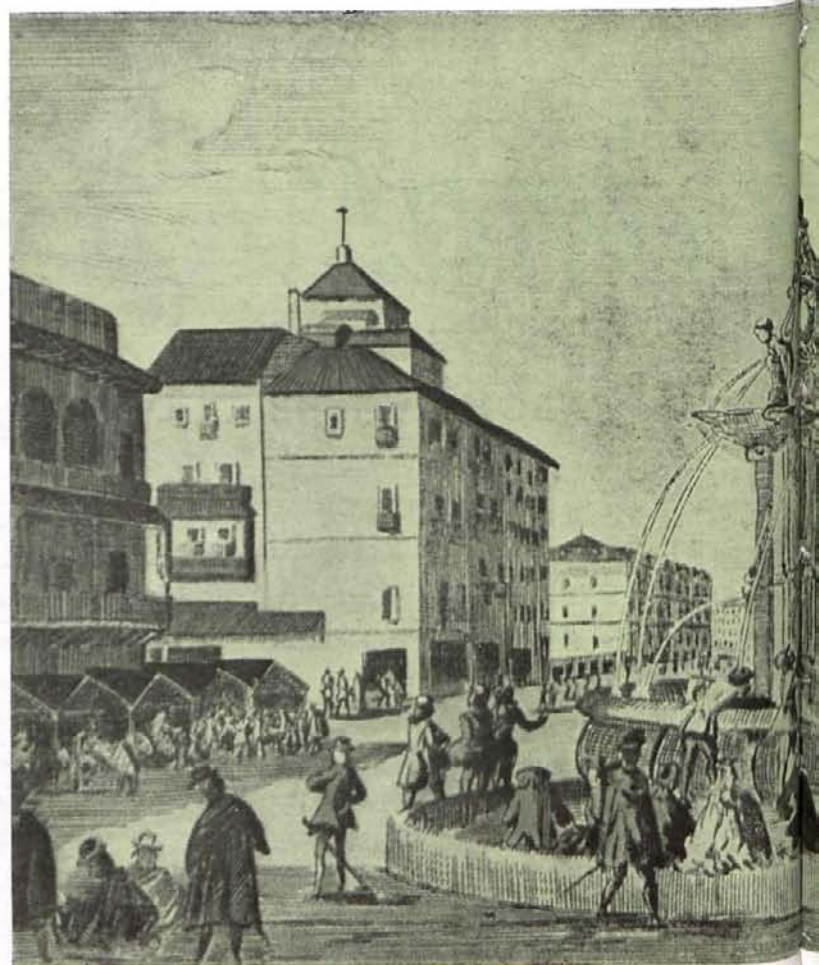
—¿Qué?

—¡Pues si lo dice todo el mundo! ¡Ahí es

nada! Que esta tarde se disponía Su Majestad a ir a Atocha, como es costumbre inmemorial en nuestros reyes, para dar gracias por el feliz alumbramiento, cuando al salir del Tedéum, que se rezó primero en la capilla de palacio, al dirigirse por la galería de cristales a la escalera principal para tomar el coche, se le acercó un sacerdote, con un papel en la mano y en actitud como de querer entregar un memorial a la soberana, y le asestó una puñalada en el costado derecho.

—¡¡Jesús, María y José!! Pero, ¿está herida la reina?

—Sí, pero de poca importancia, gracias a los recamados del traje, al corsé y al brazo de hie-



rrero del coronel de alabarderos, don Manuel Muro, que le ha roto las narices de un puñetazo al tal curita, que se llama Martín Merino y es capellán en la Parroquia de San Sebastián.

Triunfa Zorrilla, muere Espronceda. «El Tato» borda en la arena de la Plaza Mayor y en la de la Puerta de Alcalá el garabato torero de su arte valentón. Marimorena de vendedoras y el gran notición: Van a llegar, por fin, las aguas del Lozoya traídas hasta las puertas de Madrid por el canal que ha de llamarse de Ysabel II.

—¿Y llegará el agua a las casas?

—¡Pues claro!

—¿Y subirá a los pisos,

—¡Naturalmente!

—Cuenta, cuenta usted, don Luciano, usted que tanto sabe.

—Pues, verán ustedes: antiguamente, de toda la vida, hasta casi mediado el siglo diecisiete, el traslado de las aguas potables de las fuentes a los domici-





lios lo hacían los propios vecinos o los criados y servidores de quien los tuviera. A medida que iba creciendo Madrid iba creciendo su número de fuentes, como es natural, alimentadas por los «viajes antiguos». Y como la gente no para de inventar trabajos con qué ganarse la vida, pues de esta necesidad de traslado nació un tipo que todos conocemos, que es el aguador. Bonachón, fuerte, trabajador, que igual lleva el agua a las casas, que hace de recadero, que ayuda a los bomberos en los incendios, o que se dedica con los mozos de cuerda a pasar a las gentes de una acera a otra, sobre sus lomos o en brazos, cuando en los días de lluvia torrencial se convierten las calles en verdaderos ríos.

—Tiene usted razón, son las mejores personas con las que puede uno tropezar.

—Pues ahí tiene usted: se declararon en huelga en el año cincuenta y seis por disminuir el Ayuntamiento el número de plazas al trasladar el servicio de la Puerta del Sol a la Plaza de las Descalzas. Porque,

cómo ustedes saben, hay Ordenanzas que regulan su trabajo y sus relaciones con los vecinos que ejercitan su indiscutible derecho de utilizar las fuentes. Hay un documento curiosísimo por el que se sabe las fuentes que disfrutamos en estos días. Voy a leerlo: En el Distrito de Palacio, 5 fuentes, 12 caños, 56 aguadores y 33,50 reales fontaneros de dotación. En el Distrito de la Universidad, 3 fuentes, 5 caños, 36 aguadores y 52,50 reales fontaneros. Distrito del Congreso, 16 fuentes, 10 caños, 125 aguadores y 46,50 reales fontaneros. Distrito del Hospicio, 5 fuentes, 8 caños, 77 aguadores y 46,50 reales fontaneros. Aduana, 9 fuentes, 20 caños, 129 aguadores y 95 reales fontaneros. Distrito de Chamberí, 8 fuentes, 16 caños, 60 aguadores y 64 reales fontaneros. Distrito del Hospital, 4 fuentes, 9 caños, 49 aguadores y 46 reales fontaneros. Distrito de la Inclusa, 4 fuentes, 7 caños, 52 aguadores y 32 reales fontaneros. Distrito de la Latina, 7 fuentes, 13 caños, 79 aguadores y 58 reales fontaneros. Audiencia, 5 fuentes, 15 caños, 262 aguadores y 83,50 reales fontaneros. Total: 77 fuentes, 128 caños, 950 aguadores y una dotación de 663,50 reales fontaneros.

Con júbilo indescriptible recibió Madrid las aguas canalizadas del Lozoya. En un grito de entusiasmo se fundieron todos sus estamentos sociales aquel 24 de junio de 1858. Y, poco a poco, las fuentes fueron perdiendo sus caños, que las afeaban artísticamente. Fueron desapareciendo los serviciales aguadores y las mozas de cántaro y el revuelo murmurante, colorista, chillón y penden-ciero que de siglos ceñía las fuentes madrileñas.

Fuentes de la Piora, de Leganitos, de los Caños del Peral, de la Provincia, de la Puerta del Sol, de la Cebada, de la Plaza de la Cruz Verde, de la de San Salvador o de la Villa, de Puerta Ce-



rrada, de la Red de San Luis, de la Puerta de Atocha, del Prado...

Sería injusto por mi parte terminar esta viñeta en que se abocetan los perfiles del Madrid que ciñe la traída de las aguas, sin ponerle un pie: Un extenso pie que haga honor a quien deba, y haga saber a quien lo desee y lea:

Madrid de Isabel II, la despiadadamente juzgada, la muchas veces calumniada, aquella cuyos actos como persona y como reina hay que revisar. Como hay que revisar toda la historia de España; no la que conocen los eruditos, sino la que aprendieron las generaciones españolas de dos siglos de boca de los racionalistas del dieciocho, de los seudoliberales demagogos del diecinueve, de los intelectuales anarquizantes del veinte; padres, hijos y nietos de la leyenda negra española.

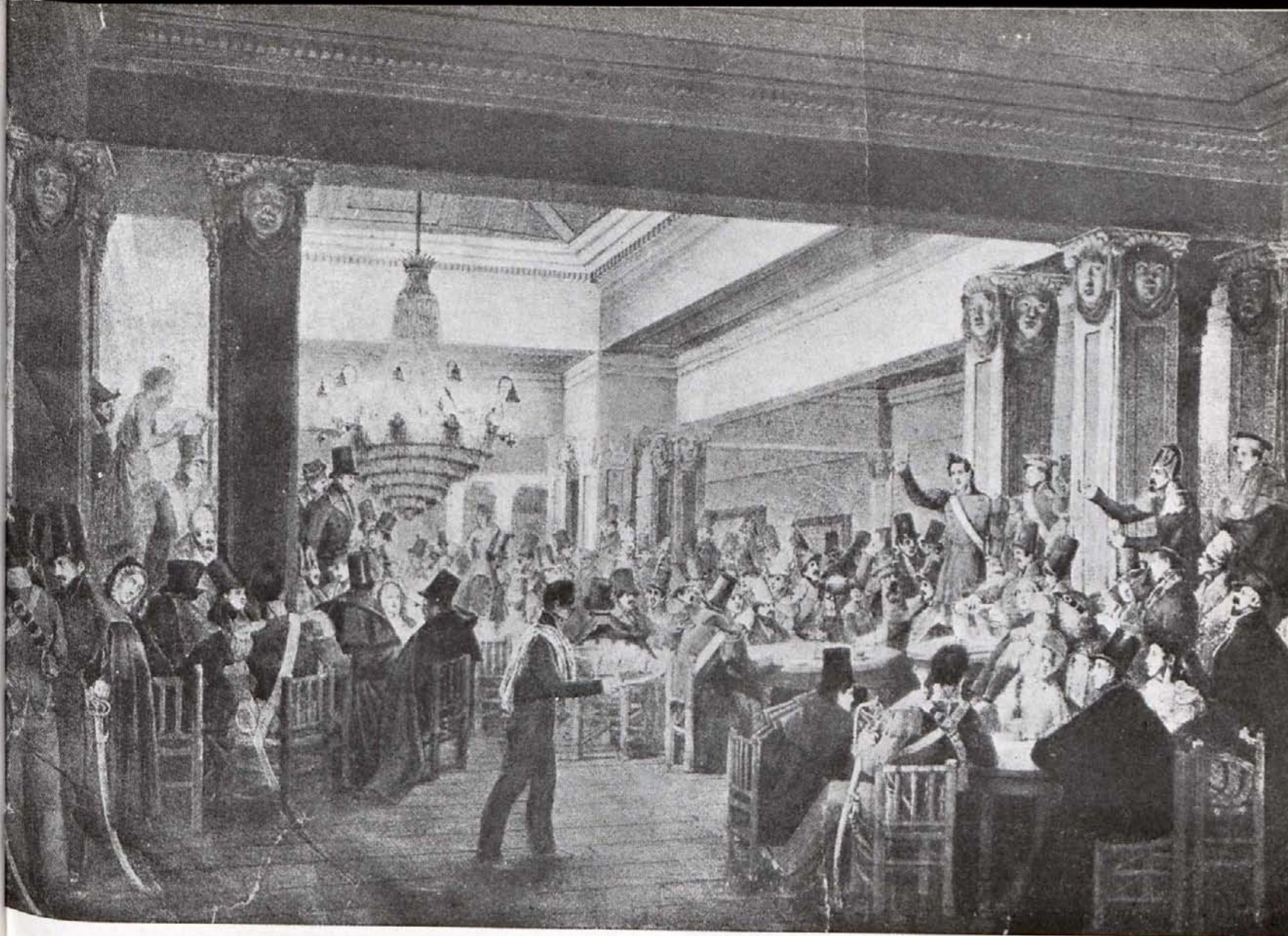
Madrid de Isabel II, la que fué reina a los tres años en 1833, la que fué declarada mayor de edad a los trece en 1843. La que nace y crece en un Madrid sucio, destartelado, de calles estrechas pavimentadas con agudos guijarros, de centenarias encrucijadas de farolillo e imagen, de cinturones tapiales que la ciñen desde los años antiguos del rey nuestro señor del poeta don Felipe IV, de los cerdos de San Antón correteando libremente por las calles madrileñas y revolcándose en sus inmundicias, de tosca iluminación y absurda planimetría; en un Madrid sin más comunicación con los mares y las fronteras del mundo que los viejos caminos de posta y cabalgadura y los reales de Francia y Alcalá.

Reina Isabel II, la que es desterrada en 1868 de

un Madrid que durante su reinado abre en la mole agrietada de sus viejas calles y plazuelas la alegría respirante y amplia de la Plaza de Oriente, la del Progreso, la de Santo Domingo, la de Bilbao y los barrios de Recoletos y del Barquillo. Y derrumba las cercas austríacas para seguir su perfil con amplias rondas; y pavimenta y acera a la usanza internacional; y termina el Palacio Real y sus magníficas avenidas y jardines; e inaugura el Palacio del Congreso, la Universidad, el Teatro Real, el Hospital de la Princesa, la Casa Fábrica Nacional de la Moneda y los cuarteles y ministerios; y abre el Paseo de la Fuente Castellana y el de la Cuesta de la Vega; y termina decorando dignamente la Plaza Mayor; y adopta un buen alumbrado de gas; y comunica a Madrid con el resto del mundo gracias al ferrocarril inaugurado en su época; y surte a su población —aumentada en aquellos años hasta trescientos mil habitantes— con la traída de las aguas del Lozoya por el canal que lleva su nombre, superan el sueño de su tío bisabuelo Fernando VI, que quiso traer las aguas del Jarama a los altos de Santa Bárbara.

¿Y sabéis por qué? Porque Felipe II, el monje rey con vocación de celda y oficinas, acabó con el nomadismo imperial de la Corte española, quedando la celda en El Escorial y Oficinas en Madrid. Y Carlos III, el mejor Alcalde de Madrid, lo fué porque se dió cuenta de que Madrid era su Corte. Pero la reina, mi señora Doña Isabel II, la de la traída de las aguas, se dió cuenta de que Madrid era la capital de todas las Españas.





El café nuevo. Calle de Alcalá

EPOCA *del Canal*

POR ANTONIO VELASCO ZAZO
DECANO DE LOS CRONISTAS DE LA VILLA

MADRID ufanábase de seguir siendo la Villa y Corte de las Españas, luchando infatigablemente por ensanchar cuanto antes sus límites urbanísticos más allá del barrio de Chamberí, por donde la antigua ermita de Santa Bárbara y lo que fué campo del tío Mereje. Por el lado contrario, la Puerta de Toledo y los capiales a ella adheridos impedían romper la barrera de circunvalación. La otra hermosa Puerta de San Vicente, con la cerca del Campo del Moro, eran límite y salida de aquella



parte baja del Palacio que descendía hasta las orillas del Manzanares.

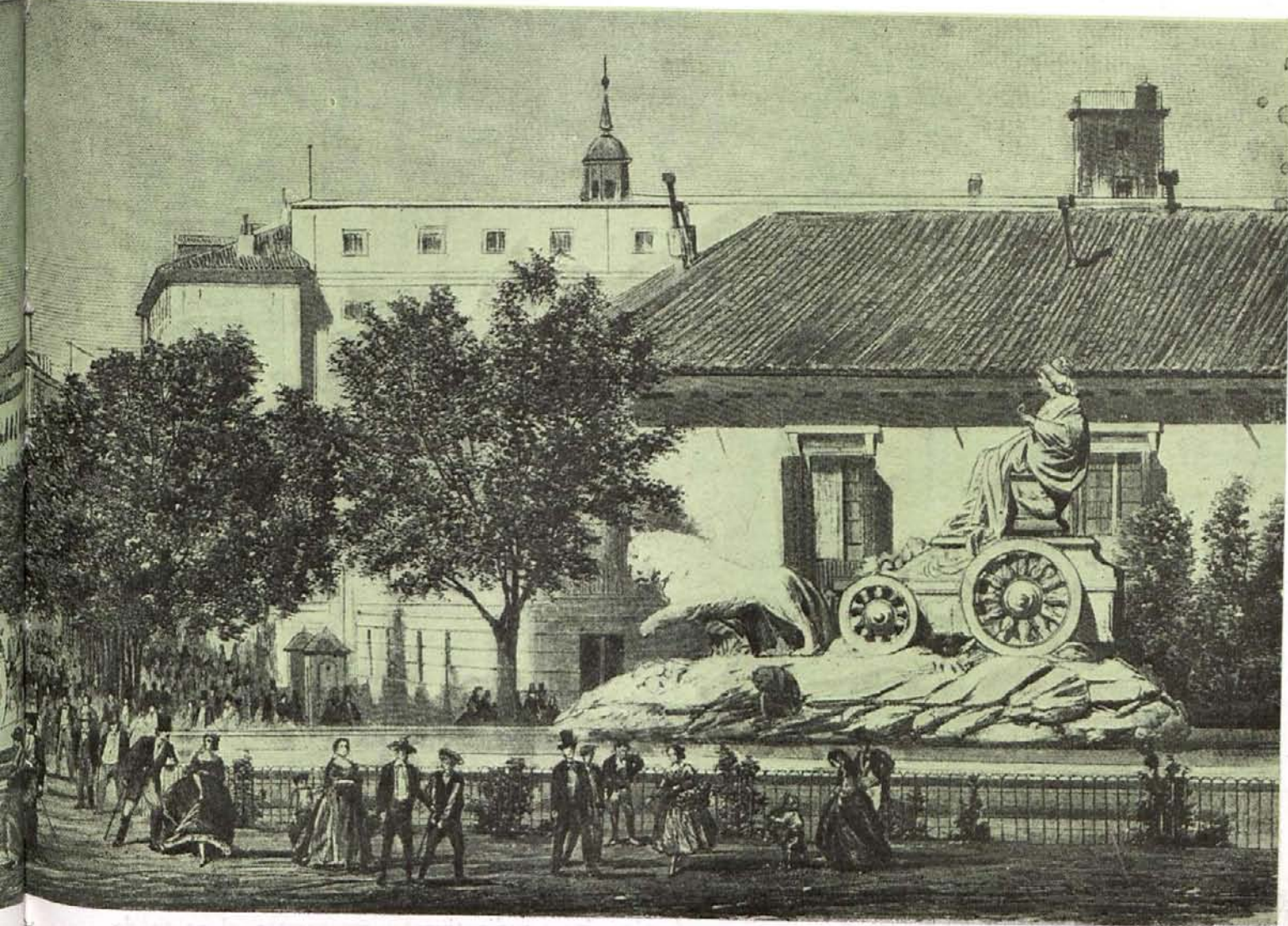
La calle Mayor, un día la más grande del mundo, conservaba los típicos soportales de Platerías y de San Isidro. La Puerta del Sol, ya reformada con el derribo de sus casas mezquinas, se constituía en verdadero centro de la urbe. Y la calle de Alcalá mostraba su fisonomía característica, con los edificios bajos, agachados a tono con la cúpula de la iglesia de las Calatravas, donde después de la misa de doce hacían paseo en tono las devotas que con sus mantillas almagrañas realzaban la belleza de sus rostros hechiceros.

Allí la famosa casa de las Diligencias, con su portada barroca. El pasaje a la Carrera de San Jerónimo, donde luego se instaló el café de Madrid. La chocolatería de Doña Mariquita. El palacete del marqués de la Torrecilla. El otro pasadizo al callejón de Gitanos. La casa de los Heros, habilitada para Presidencia

del Consejo de Ministros. El palacio y jardín de Casa Riera, contruídos sobre lo que fué solar del convento de las Baronesas. El café y salón de baile Cervantes. Y esquinando con el Salón del Prado, la casa del privado Luis de Haro, restaurada por el duque de Sesto, con el chaflán y las torrecillas características de las antiguas edificaciones madrileñas.

Erase en la época de Narváez, de Isturiz y de Armero, este último adquiriendo gran popularidad por la amnistía que dió para celebrar el natalicio del príncipe de Asturias, acaecido siete meses antes y a los pocos días de ser inaugurado el teatro de la Zarzuela.

Los cafés volvían a ser círculos políticos con oradores apasionados, como años atrás lo fueron el Suizo y el Casino, lo mismo que las tabernas de los barrios bajos, convertidas en verdaderos hervideros de pasión política. En ellos, los tertulios todavía recordaban y comentaban la coronación del poeta Manuel José Quin-



tana por la reina Isabel II, cuya solemne ceremonia se celebró en el Senado —antiguo colegio de doña María de Córdova y Aragón— ocupando la tribuna pública la orquesta, los alumnos del Conservatorio y los artistas del teatro del Circo, quienes cantaron un himno compuesto expresamente para ese acto por don Adolfo López de Ayala y música del maestro Arrieta, más la lectura de diversas poesías y un discurso de Calvo Asensio. Del mismo modo, las sangrientas jornadas del 14 y el 16 de julio de 1856, entre las tropas y la milicia, ametrallando y disolviendo las Cortes Constituyentes.

Continuaba el progreso urbano de Madrid, siendo notablemente ensanchada la referida Puerta del Sol, de cuya angostura desaparecieron las callejuelas de la Duda, de los Cofreros y de la Zarza, así como el derribo de la iglesia del Buen Suceso. Al mismo tiempo, se alineaba la entrada de la calle de Ferraz, en el na-

ciente barrio de Argüelles, debido al alcalde don Valentín Ferraz, de tan debida recordación.

No obstante el ensanche y embellecimiento de aquel Madrid, echábase muy de menos la mejora del suelo, el reparo de la pavimentación, todavía descuidada y primitiva, sin darle la importancia que atañe a una buena urbanización. Por tal época, el mayor movimiento estaba en la zona central que iba desde Palacio al Prado. Determinada como importante transversal, señalábase el puente de Toledo, cabeza de la zona que subía por la calle de ese nombre, Concepción Jerónima, Carretas, Montera, Fuencarral y puerta de Bilbao. Cuatro puntos de observación dan idea del tránsito rodado. El sitio de más circulación era la esquina de las calles del Barquillo y Alcalá. Seguía la parte alta de la calle de Carretas, esquina a Atocha y plaza del Angel. El tercer lugar era la Puerta del Sol, esquina a Carretas. Y el punto más inferior de los



El salón del Prado

cuatro escogidos, correspondía a la plaza de Santo Domingo.

Celebrábanse lucidos bailes de trajes en Palacio, así como funciones de gala en el teatro Real, con motivo de la visita de la emperatriz Eugenia, cuya hermana, la duquesa de Alba, junto con la duquesa Angela de Medinaceli, triunfaban con su belleza en los salones aristocráticos.

Con motivo del Carnaval, desde la Fuente Castellana hasta Atocha, se apretaba en los andenes del paseo inmenso gentío, y en la calzada gran número de carruajes asaltados por las máscaras, concurrentes luego a los bailes del teatro de la Zarzuela, donde era objeto de las más calurosas ovaciones el mejor barítono de la época: Tirso Obregón, quien era invitado a actuar en las veladas palacianas.

Volvían a estar en auge las verbenas manolescas, sobre todo las de San Antonio, San Pedro y el Carmen, llenas de tiendas de licores, de buñolerías y de columpios; sin ruidos estridentes; cuajadas de puestos de flores y de olorosas macetas de albahaca. Y con ellas, fiestas y costumbres de la época manolesca, que

aún perduraban: los estrechos y los panecillos de San Antón; las estudiantinas y comparsas; el paseo de Jueves Santo por la calle de Carretas, Puerta del Sol y Carrera de San Jerónimo; los toros del domingo de Pascua de Resurrección; la visita al monumento del Dos de Mayo; su presencia en la procesión del Corpus y en la Minerva de San Andrés, así como su concurso en las romerías de San Isidro, Virgen del Puerto y San Eugenio, la indispensable visita a los cementerios el día de Todos los Santos, amén del alborozo de coplas, panderetas y zambombas de Nochebuena.

Tal era el ambiente de Madrid cuando se inauguró el Canal del Lozoya. Las tertulias de café, a las que no concurrían las señoras, sustituyeron a las antiguas reuniones nocturnas familiares y también a las diversiones y bailes llamados de sociedad. La gente del pueblo se componía de artesanos y trabajadores de todos los oficios conocidos, recreándose honestamente los días festivos, yendo de merienda al Canal, a los Viveros y a la Fuente de la Teja. De la manola, de la gracia y del donaire, nació la chula de falda de percal de larguísima cola, con grandes volantes, enagua y

medias blancas, botinas de caña y charol, ancho delantal oscuro, pañuelo de seda a la cabeza, cubriendo la punta de atrás con el pañolón de merino o de alfombra y peinado de peinadora. Los toros, el cante flamenco y los bailes de Capellanes eran su mayor encanto.

Las recreaciones teatrales, fuera del Real, el Español, el Circo y Novedades, reducíanse a los cafés-teatros como el del Recreo y Variedades, donde surgieron las funciones por horas, a real la butaca. Los melómanos o aficionados a la buena música, se reunían tarde y noche en el café de Amato, en la calle de la Montera. En el de Platerías, después de la oficina, media docena de progresistas. Y en Lorencini, en plena Puerta del Sol, que trocó su nombre por el de las Columnas, se reunían los toreros.

Aquel verano del 58 y aprovechando la bonanza política, Isabel II lo dedicó a un viaje por Castilla, saliendo, al efecto, el 21 de julio, por la cuesta de San Vicente, en un coche de camino, acompañada de sus familiares, dándole escolta un escuadrón de Húsares y seguida de otros carruajes con la servidumbre.

Dos años después, en mayo de 1860, entró en

Una señorita madrileña. 1930



Madrid el ejército victorioso de Africa, acampado en la Dehesa de la Villa y revistado por la reina y O'Donnell.

En tanto, Madrid iba realizando más adelantos,



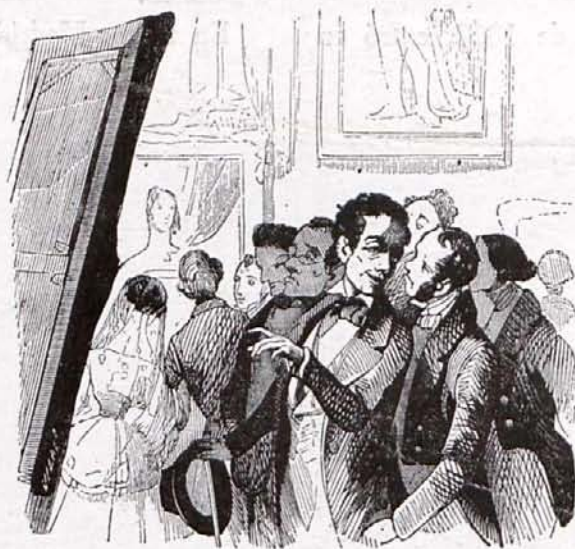
Rincón del café de Levante. 1850

más reformas, más mejoras de embellecimiento y policía urbana, con los mecheros de gas, los telégrafos eléctricos, la red telefónica y la traída de aguas, con lo cual podía justamente blasonar de engrandecimiento.

Puede decirse que el principio del gran Madrid que hoy disfrutamos se encuentra en este Madrid del Canal de Lozoya, cuya época hemos pretendido exponer ante los ojos de nuestros lectores. Todo ha cambiado, y, sin embargo, el ambiente permanece igual en el fondo, porque Madrid no cambia. Y continúan lo mismo sus petimetres, aunque con otros vestidos, y sus mujeres, aunque con otros adornos. También los espectáculos, mudados en escenografía y realización, continúan conservando aquel fondo del Madrid del

Canal, y, cuando nos acercamos al Circo Price, o nos dirigimos a la Plaza de Toros, parece que resucitasen los palcos del Marqués de Salamanca, o el paso de la Chata, joven entonces, pero ya saturada de gracia madrileña. Al volver los ojos hacia la época del Canal, nos es grato comprobar que no produce deslumbramiento, que es como las dos luces de un mismo cuadro, que continúa sin envejecer, ni en arte ni en belleza.

En este aniversario que hoy conmemoramos, también podríamos hacer recopilación de sucesos gratos e ingratos. Pero hemos preferido detenernos en la época del Canal, aquella época que marcó un instante, y que, sin embargo, puede decirse que fué el momento del siglo.





EL AGUA EN LA CALLE

POR
MANUEL
POMBO
ANGULO

LAS fuentes cantan su canción escondida. Siempre parece que nos hablen en secreto las fuentes; que nos digan algo muy íntimo, sólo para nosotros. La literatura se llena con este callado coloquio de las fuentes, y los laberintos guardan en su interior una música que no cesa, igual y cristalina. No se concibe el reposo sin que una fuente nos acompañe con su canción, como esas músicas que calman e invitan a meditar. Fueron los árabes, sobre todo, los que mejor conocieron esta virtud del agua; este encanto de los patios recatados; esta sorpresa de las plazas, que se abren con una fuente en medio; esta ilusión de los estanques, que reflejan las nubes, el cielo y las gentes que se acercan a ellos como queriendo leer un mensaje que dispersa el viento. Narciso fué víctima de esta seducción del agua. Narciso, cuya leyenda al revés nos fué contada desde tierras



Fuente de Apolo.

del norte, allí donde la palmera, además de soñar con el pino, sueña con el agua de Africa; con el agua, la umbría y la sombra misteriosa del atardecer.

Cuando le contaron al agua que había muerto Narciso, el agua respondió: «¡Pobre Narciso!» Me quería mucho. Todos los días se acercaba para que pudiese contemplar en sus ojos mi belleza.»

¿Somos nosotros los que miramos al agua, o es el agua la que nos mira, la que cobra vida en nuestro mirar? ¿Somos nosotros los que gozamos la caricia del agua, o es el agua la que gozó los cuerpos de las diosas, de las reinas que bajaban, bajo arcos, a sumergirse en la corriente del tajo? En todo caso el agua nos proporciona un recreo sutil, que no cuesta nada y que no muere; un recreo de generaciones. Las gentes de Madrid han gozado, desde antiguo, este encanto de sus fuentes, esta gracia fresca y siempre renovada de los surtidores, que comban en el aire, como si quisieran dar salto

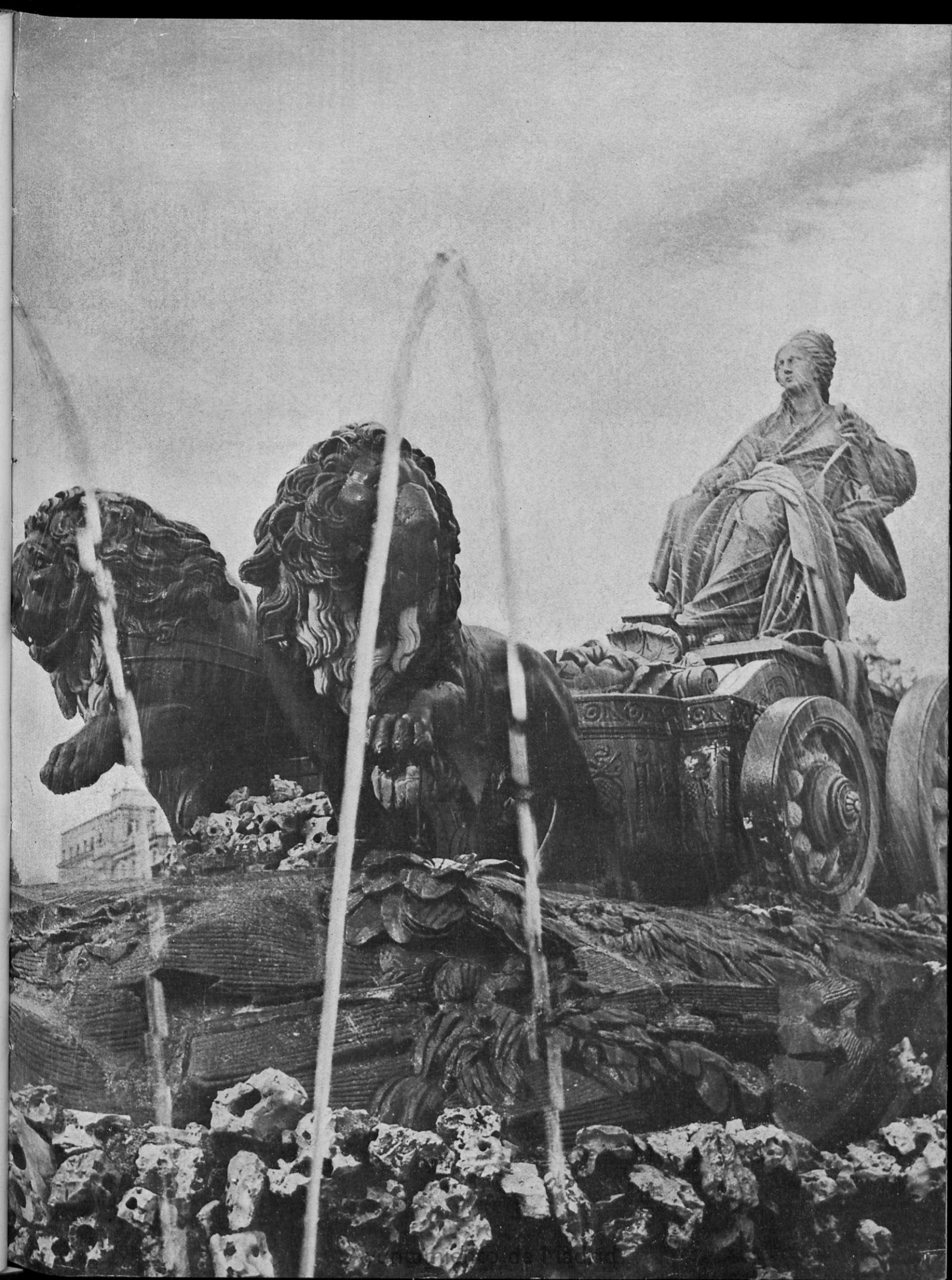
a los cantos de los niños, que juegan por plazas y plazuelas; de los niños que se pierden por los jardines y que se encuentran en ellos otras sombras, que no entienden, porque nada marca mayor diferencia que la edad. Mas también en el interior de las gentes maduras, y de los ancianos que agotan su otoño a la vera de las fuentes, el agua va marcando una dulce cronología, que después, se diluye en ese gran mar que llamamos recuerdo.

* * *

Por las cuatro esquinas de Madrid las fuentes ponen su arquitectura mojada; arquitectura breve, que es la que mejor juega con el paisaje. ¡Fuente de la Alcachofa que anda en coplas y que ha de secarse antes que se acaben los cariños de los madrileños! Ventura Rodríguez la proyectó, Alfonso Vergaz labró el Pilón, y Antonio Primo el grupo de niños que sostiene la alcachofa. Al fondo del Retiro, rematando la avenida, la fuente tiene un sabor popular, como si todavía centrara la Glorieta de Atocha, cerca de la puerta que remataba el Paseo del Prado. Parece

Fuente del Prado.







La Fuentecilla

que, al acercarnos a ella, los aguadores hubieran de ofrecernos la bebida del Manzanares, el río pequeño y sufrido que, durante tanto tiempo, abasteció a Madrid.

* * *

¿Qué tiene más fama, la Alcachofa o esta fuente de la Fama, que orilla hoy el antiguo Hospicio, debida al genio barroco de Pedro de Ribera y que da una lección de cómo los madrileños saben en-

contrar la sencillez, incluso cuando se entregan al recargo del adorno? No se puede mirar esta fuente sin contemplar primero la fachada, que trepa como apoyándose en sus mismos relieves y que presta a la piedra un intrincado valor forestal. La fuente de la Fama parece que fué plantada también; que creció desde pequeña por la gracia de Dios, como crecen los árboles. Cuando el agua cae de sus pilones, diríase que lloviese.

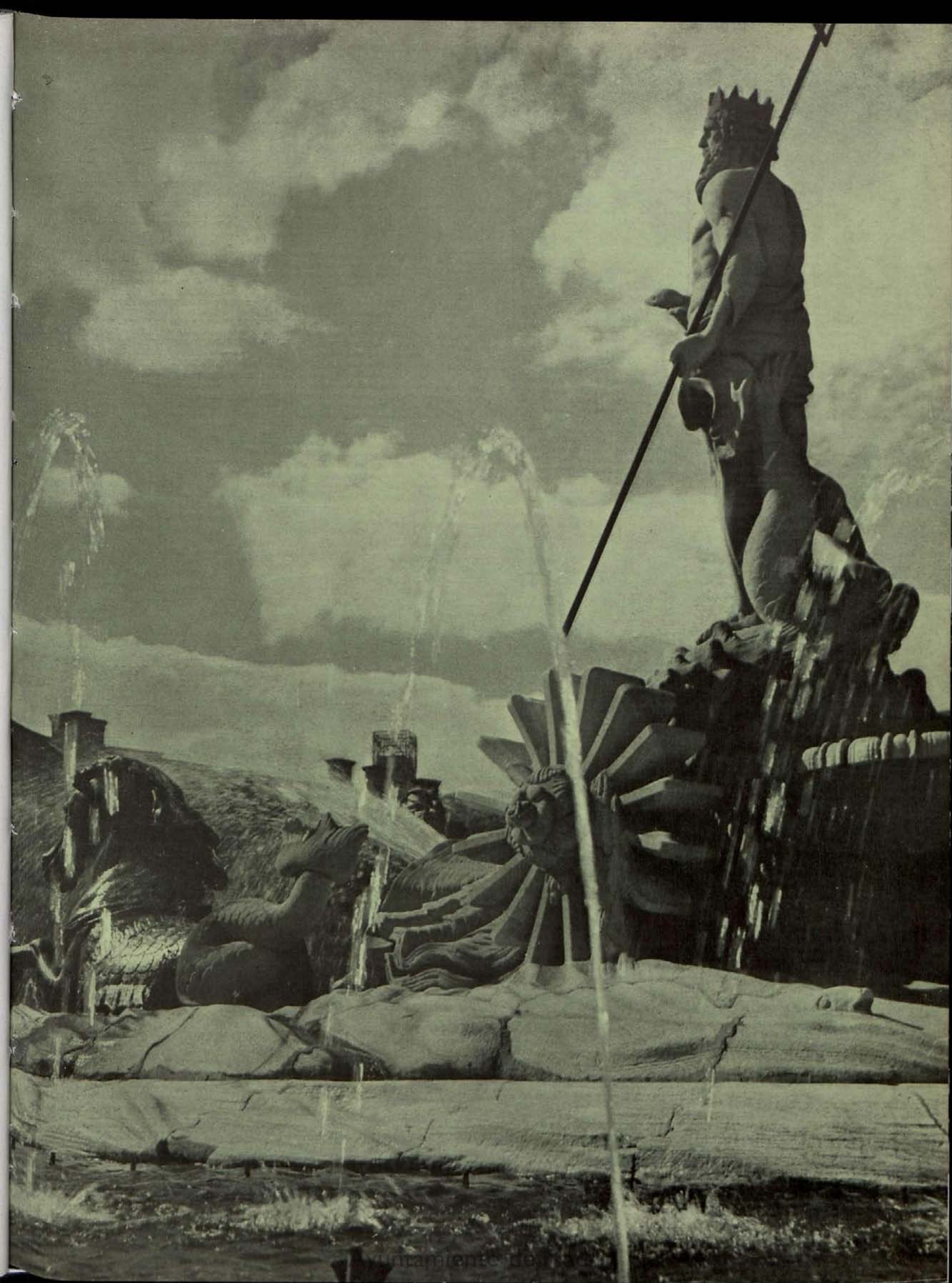
* * *

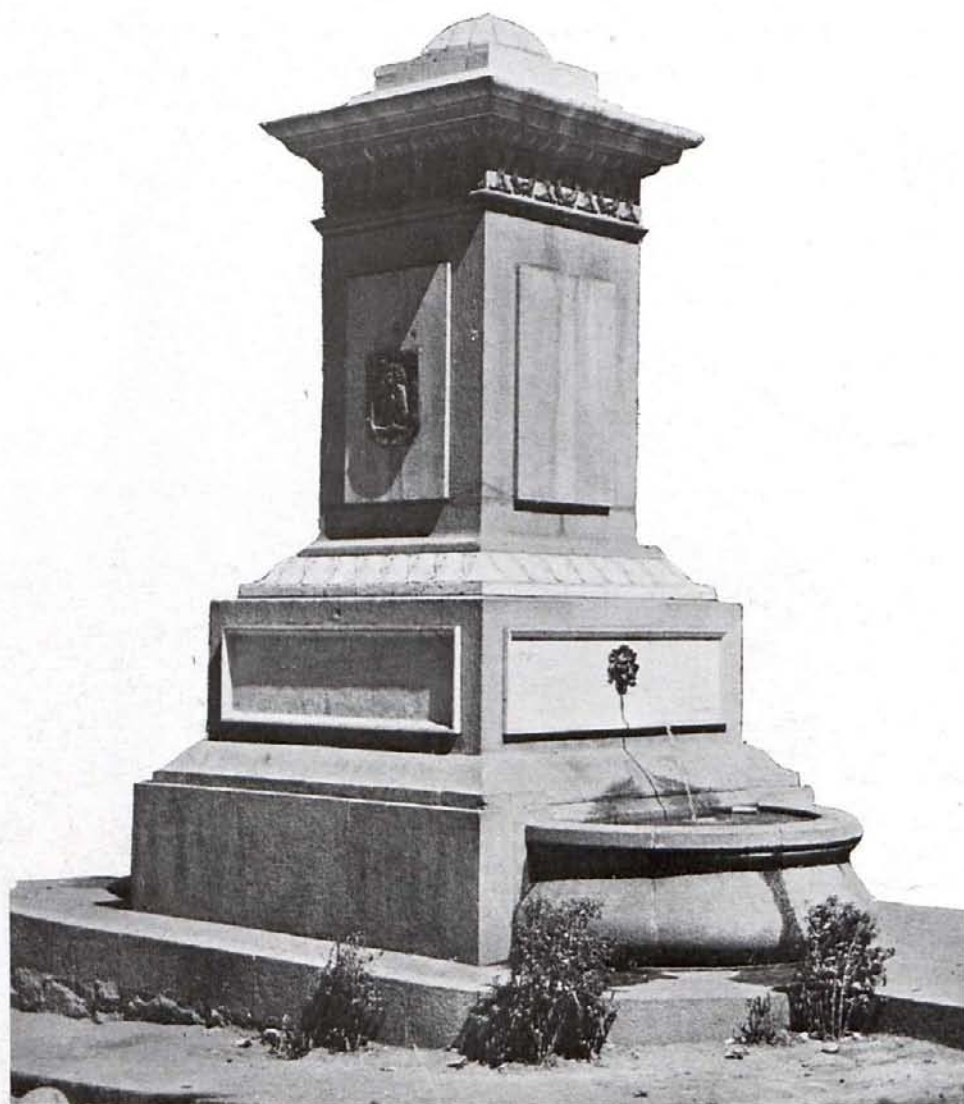
Pero el paseo de las fuentes es el Paseo del Prado, como el jardín de las fuentes es el gran parque del Retiro. La Cibeles, la diosa de Madrid, aunque Madrid vaya olvidando poco a poco el trigo y la labranza, da principio a este camino, bajo el arco de triunfo del agua que se curva. La Cibeles es una diosa oronda y castiza. Envuelta en su túnica, bajo la gracia breve y torcida de su corona, como un sombrero, diríase que se traslada, en carroza abierta, a cualquiera de las fiestas que llenan de organillos y faroles los barrios de Madrid. Tanto le quería que se vino desde la Granja a este ombligo redondo de la capital, que es la plaza nombrada con su nombre. También la ideó Ventura Rodríguez, el hombre de las ideas con poesía, y fué ejecutada por don Francisco Gutiérrez, la diosa, y por Roberto Michel, los leones. Los amorcillos de atrás han sido muy traídos y llevados. Pero

siempre el amor acompañó a las fuentes, y deben quedar ahí como una especie de requiebro dedicado a la más popular de nuestras estatuas. A la que, tan bajita, viene a ser como la torre Eiffel de Madrid.

* * *

Más alto, pero más abajo, Apolo luce su torso a la mitad del paseo. Dicen que es la más bella estatua de las que creó Ventura Rodríguez. Para nos-





Fuente de Pontejos

otros viene a ser como un vigía de Madrid; un vigía lleno de estética, armonioso, para dar norma a la capital. Fué larga de creación, pero parece como si hubiese nacido en un instante; como si una nube hubiese cuajado sus formas, tan blancas. Unas fuertes losas de granito —losas de lonja para el paseo monacal— la contornan ahora, y el sol reverbera en ellas como en un monasterio. La fuente de Apolo es fuente de otoño, cuando las hojas caen de los jardines del fondo, y los árboles, desnudos, dejan ver la perspectiva; cuando Apolo, sentimentalmente, saluda el fin de Larra, sobre el pilón de las otras cuatro fuentes que dan rumor a los árboles, eruditos del jardín Botánico.

* * *

Neptuno, en cambio, no quiere saber de rumores, sino de temporales, que no en vano es el rey del mar. Por eso su fuente gana la más amplia belleza cuando los surtidores se desbocan y parecen

crear una guardia de espadas líquidas en torno al dios de las olas y de los bajos, misteriosos fondos submarinos. Neptuno surge de su fuente como empujado por los tritones. Fué realizado en mármol de Montecclaros, porque el agua es la claridad. Y toda la plaza es clara también, con la cardina de los Jerónimos al fondo, y esa especie del gran lago del arte que llamamos Museo del Prado, donde cada pintura tiene una clara transparencia. Juan Pascual de Mena creó un Neptuno fuerte y poderoso, dios de las tempestades y de las largas navegaciones. Quizá por ello los madrileños pasen, rápidos, a su lado, para descansar más lejos, donde el Paseo del Prado se hace puro romanticismo.

* * *

Puro romanticismo, porque es romanticismo de Larra. Los que, como él, aman la tristeza, se detienen en estas cuatro fuentes, que juegan a las cuatro esquinas a la vera del jardín Botánico, bajo los árboles

antiguos, en que se reza la letanía de los nombres oficiales. Cuatro hombres —Michel, Francisco Gutiérrez, Antonio Vergaz y Narciso Aldebor— le dieron las cuatro gracias a estas fuentes llorosas, donde Larra suspiró su último paseo. El agua es verde, oscura, y gotea como un llanto. De noche, la luna pone en ella unas palabras extrañas, que diríanse surgidas de los labios de «El pobrecito hablador». Son fuentes redondas, femeninas. Quizá Larra encontró, por última vez, en sus curvas, el eco de aquella pasión negada, que le dió noche para siempre bajo las estrellas salvadoras de El camino de Santiago.

* * *

Y fuentes de barrio. Fuentes de Pontejos, la Puerta del Sol chiquitita; fuente de La Fuentecilla, que sabe de algarabías en la plaza de la Cebada; fuente de la Cruz Verde, que quería llevar su agua hasta el puente de Segovia; fuente de la Red de San

Luis, que conmemoró el centenario de aquella reina que se llamó Isabel II... La historia de Madrid corre con sus fuentes, y todavía se ven acercarse a ellas muchachas con cántaros, que parecen añorar las reuniones pueblerinas, viejecitos que introducen la mano en su pilón como para santiguarse... En este agua está la tradición de Madrid. La tradición que canta como las fuentes.

Algún día escribiremos el verso de las fuentes

madrileñas. Será un verso sin palabras. No es necesario decir nada cuando las fuentes nos lo dicen todo. Juan Ramón dió poesía a esta agua muda, que cae como la lluvia, y que perdura, como el recuerdo. Las gotas ponen su música. Falla amó esta música corriente, de la que sólo queda el frescor y la melodía. Porque una de las delicias del agua es que su caricia se pierda. Y, como el amor, deje la nostalgia.

Fuente de la alcachofa





Fuente de la Fama

FUENTES

DE

MI CIUDAD

POR

JOSE GERARDO MANRIQUE DE LARA





CIBELES

*Las palomas del sueño y los destinos
condenando en redondo tu carrera,
ven que tu prisa en piedra desespera
y se queda tu suerte sin caminos.*



*El viento, con sus labios saturninos,
ha de besar tu rígida cadera.
El, con su libertad. Tú, prisionera
en tu cárcel de chorros cristalinos.*



*Finge tu carro devorar el viento
y reducirlo a sometida brisa;
miente el ángel que el agua desparrama*



*sobre tu eternidad sin movimiento;
miente el agua que, al tiempo que se irisa,
mierde el pez de tu prisa y se derrama.*



LA ALCACHOFA

*¿Qué bosque, qué jardín, seto o palmera:
qué tritón me contempla, qué figura
lleva un ángel a cuestras de hermosura;
qué Clavileño finge ser madera?*



*¿Qué fugitiva angelería espera
del sol y el agua nueva coyuntura,
nuevo brillar de nimbos, travesura,
corveteo del agua caballera?*



*Lavado bronce, la tortuga mana,
sobre una valva, abierta, esa tristeza
que confirma la ciénaga en redondo.*



*En el mismo pilón vierte una rana
la soledad: un chorro de pereza
que resbala y se oculta por el fondo.*



NEPTUNO

*Tasca el freno con brida de agua fina
basta sudar el bello reluciente.
Rueda el carro abisal por la corriente
que remonta la furia submarina.*



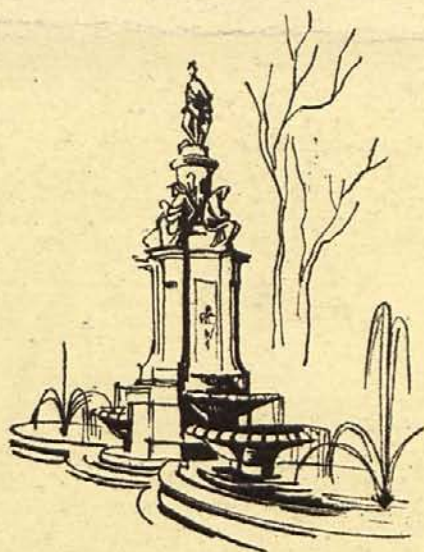
*Erguido, al horizonte en que culmina,
binca en azul tus furias un tridente
y un rumor de batallas se hace fuente
de plañidera espuma saltarina.*



*Pide rumbo tu brazo atenazado
arbolando tu sierpe ceñidora
en la espesa ciudad que te amenaza.*



*Tu mar, mínimo pozo derrotado,
sufre el asedio de la piedra y llora,
lágrima o surtidor que un arco enlaza.*



APOLO

*Por pedestal la flor, la primavera;
la rubia espiga ardiente en la solana;
el pámpano maduro; la frontera
donde madruga a muerte la campana.*



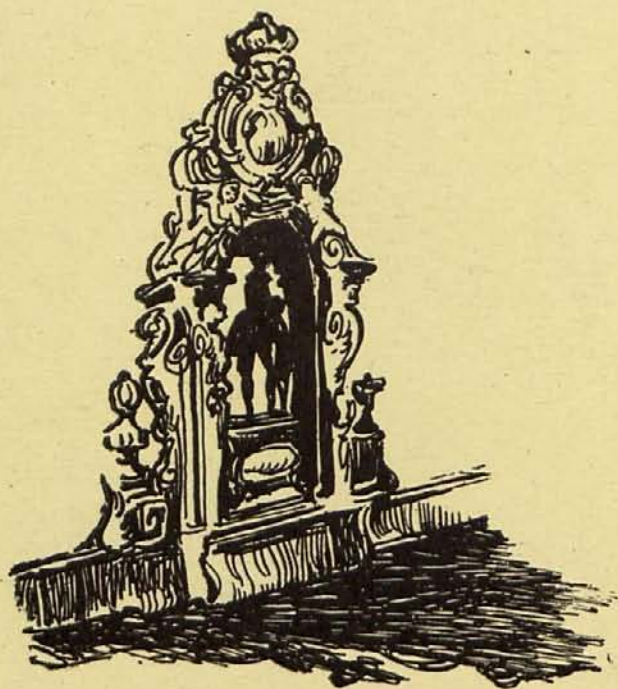
*De este tiempo que apoya tu peana,
cuatro estaciones hay en la carrera;
del gran carro del Sol de tu fontana
cuatro chorros durmiéndote la boguera.*



*Lejos se esconde altiva tu sonrisa
como un halo de cítara o de flecha
que rasgara el silencio rumuroso.*



*Blanco como la carne de Artemisa,
hinchido como el haz de la cosecha,
brilla tu cuerpo cegador y hermoso.*



EL CANAL DE AYER

Por GASPAR GOMEZ DE LA SERNA

EL agua de Madrid venía, de antiguo, a lomo de borriquillos sobre el desigual empedruscado de la ciudad, aireado de vez en vez por alguna copla que, si se ahogaba casi, como un grito gutural y monocorde en la bronca garganta de los asturianos y gallegos que solían portearla, en la de las mozas aguadoras se hacía graciosa, equívocamente pícara con aquel pregón de manola que aguantaba, bien plantada, el peso de la cántara sobre la cadera rotunda:

¡Caballero, la aguadora!
¿Quién la quiere?
¡Agua fresca del Lozoya!
¿Quién la bebe?

El agua y los vientos bebería, por más de una aguadora, más de un petimetre a lo largo del Salón del Prado en el Madrid romántico. Todavía pasado el medio siglo alegraba Madrid el eco de ese pregón gentil, cuando ya se apagaba, poco a poco y para siempre, el del trotecillo cansino de los jumentos que, hasta que se construyó el Canal, hicieron los «viajes» clásicos del agua matritense.

Aún el año 58, cuando «se puso en pie» el Lozoya ante el asombro progresista de la calle Ancha de San Bernardo, quedaban no pocos de los antiguos «viajes» que apagaban la sed de la Villa y Corte. Muchos de ellos no eran ya, en verdad, tales «viajes»; sino, como entonces se decía también, «minas de agua» que adentraban su veta corazón adentro de la ciudad, surtiendo directamente más de medio centenar de fuentes públicas y «caños de vecindad», que iban sustituyendo al viejo servicio de la traída a lomos de caballerías. Pero quedaban todavía cuatro «viajes» principales, propiedad de la Villa y costeados con fondos municipales. Aquella agua, que se medía anualmente con toda precisión, era la de los «viajes» de la Castellana, «en dirección a Fuencarral», de Alcubilla, que se hallaba hacia Chamartín, y de los dos que se cargaban en el Arroyo Abroñigal, alto y bajo. Además había «viajes reales» y particulares: el de la Fuente del Berro, que tanto le gustaba a Carlos III; el de Amaniel o de Palacio; los de San Bernardino y la Montaña del Príncipe Pío, amén de otros de aguas gordas que se empleaban para el riego y el ganado, como los del Pósito y las Ventas del Espíritu Santo. Para todas esas fuentes y caños, que ya extendían por el subsuelo de la ciudad su incipiente venosidad de barro, había cerca de mil aguadores con treinta y seis mil cubos o cántaras en juego, cuya central estuvo durante mucho tiempo en la misma Puerta del Sol, de la que fué



desplazado, hasta la plaza de las Descalzas, a costa no menos que de una huelga, dos años antes de inaugurarse el nuevo sistema.

Todo eso acabó, con su pregón y su copla, ahogado en el río manso y triunfante del Canal de Isabel II, cuya larga garganta trajo la voz misma del agua para hacerla doméstica, íntima y urbana dentro de cada hogar.

Y, sin embargo, ese triunfo tuvo historia nada fácil y sólo posible gracias al tesón de don Juan Bravo Murillo y a la comprensión de la reina que le regaló su nombre. El propósito de canalizar el agua de la Sierra, que venía del siglo XVIII, con intentonas tan ilustres como la del gran Villanueva, tropezaba, naturalmente, con no pocas dificultades, de las que acaso fuera menor la de la falta de dinero que la de la falta de fe. Pero Bravo Murillo sacó adelante el proyecto definitivo que trazaran los ingenieros D. Juan Rafo y D. Juan Rivera, y, lo que era más difícil de sacar, la veintena de millones que necesitaba para comenzar. El Ayuntamiento adelantó 16 millones de reales; la reina, cuatro, de su particular peculio, y el Erario público, más comineramente, otros dos millones de reales. En total, ese primer capítulo de la historia del Canal, que duró hasta 1866, consumió casi 53 millones.

La primera adjudicación de las obras, hecha ya en 1846 a la Empresa «La Aurora», hubo de ser anulada al año siguiente, y hasta 1851 no llegó a ponerse la primera piedra en la presa inicial del Canal nuevo, cosa que hizo, con su natural ceremonia, el rey consorte, Francisco de Asís, el 11 de agosto de ese año, reservándose, sin duda, la reina para ocasión más consolidada y final.

Fué esa presa primera la del Pontón de la Oliva, construida en la Sierra, más arriba de Torrela-

guna y Uceda, por las peñas donde se unen Lozoya y Jarama, en las proximidades de un lugar y casa que llevaban el mismo nombre. También la construcción de esa obra ingente para entonces, dispuesta para recibir tres millones de metros cúbicos de agua,

que, en vez de condenar a pan y agua, se les impuso la penitencia de dársela a Madrid, y así la del Canal tuvo como primer empleo el de disolver la pena del recluso, sacándole del riñón, a fuerza de trabajo, la piedra negra de la condena.



Traída de aguas del Lozoya. Obras del Canal de Isabel II «El Pontón

tuvo que pasar por vicisitudes nada gratas, como lo fué la epidemia de cólera que en 1855 disolvió su equipo de trabajadores, diezmándolo de tal manera que hubo de suspenderse la construcción. Formaban la plantilla 200 obreros y 1.500 presidiarios, a los

El primitivo Canal, que sirvió de 1851 a 1856, iba por el Valle Grande. Ahora el nuevo corría orgulloso sus 77 kilómetros de pendiente desde el Pontón de la Oliva hasta Madrid, capaz de conducir un caudal mínimo de 81.125 metros cúbicos diarios, para abas-

tecer a un vecindario de doscientas mil almas. Desde el primer depósito urbano, que estaba en el Campo de Guardias, salían hacia la Corte dos grandes venas, abiertas en ángulo agudo y seccionadas por una tercera transversal, de las que arrancaba la primera

altos de la gran ciudad. Tal fué el planteamiento del Canal de ayer, con cuyas características duró hasta las primeras ampliaciones importantes llevadas a cabo en 1866.

Su inauguración fué, como es natural, un acontecimiento extra-

miento en corporación al depósito del Campo de Guardias. Sombrios de alta copa, entorchados y sables; tropa y música, miriñaques de gala, bandas y escotes románticos; lazos y condecoraciones, y nada menos que el excelentísimo y reverendísimo señor Cardenal Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas —todavía eran muchas— dando su bendición al Canal. En el momento justo, en medio de la gran expectación, los ingenieros accionaron las manivelas y de pronto, como escribía un cronista de la época, «un pavoroso estruendo y las aguas, en copiosa catarata, que se precipitan por ambas escalinatas». Mucha alegría, mucho grito de admiración y un himno especialmente preparado para el acto que cantaba, embalado por el espíritu progresista del tiempo, no menos que lo siguiente:

*¡Honor, gloria a la Ciencia,
palanca irresistible!
¡Laurel inmarcesible
al genio creador!
Por él, Lozoya altivo
se arranca de su asiento
y eleva al firmamento
su inmenso surtidor.*

No sé quién le pondría la música a esa letrilla, tan irresistible, por lo menos, como la palanca esa de la ciencia; pero sí que tuvo condigna secuencia en la opulenta retórica con que el señor Conde de Guendulain, ministro de Fomento, obsequió a la joven Majestad de Isabel II, a quien comparó con los jefes de las antiguas Repúblicas que se desposaban simbólicamente con el Mar, diciendo de ella que también lo hacía en aquel momento «con este lago que encierra bajo sus bóvedas el consuelo, la salud, la belleza y la comodidad de la capital de su Monarquía».

Después, todo el cortejo se trasladó al final de la calle Ancha de San Bernardo, a la altura de la



Óleo de Nicolás Cabañero. 1859. (Museo Romántico de Madrid).

red de tubería moderna que estrenó Madrid. El agua sobrante se aprovechaba para el riego de las huertas próximas, conducida la aire por aquellas acequias que dieron en llamar *el Canalillo*, ahora casi sumergido por entero bajo las casas de los barrios

ordinario en el Madrid del 1858, con doble ceremonia que subrayara con repetido trazo la importancia de aquella mejora fundamental. La tarde del 24 de junio, cuando ya el calor había amainado un poco, se trasladó la reina con todo el Gobierno y el Ayunta-

iglesia de Montserrat, donde esperaba una gran muchedumbre y allí, hacia las ocho y cuarto, se maniobraron las llaves «y hendió el viento un copioso surtidor que se elevó a noventa y tantos pies». Fué entonces, escribe Ramón, cuando Posada Herrera le dijo a la reina, con solemnidad lapidaria, esta frase, remontada a otros tantos pies de pura retórica decimonónica: «Señora: hemos tenido la suerte de ver un río poniéndose de pie».

A poco, cuando la curiosidad y la admiración de los vecinos de la

Villa y Corte estuvo colmada, se cortó el gran surtidor para dejar que se repartiera mansamente aquel caudal, según era su destino, por la nueva conducción urbana. Pero el pueblo no se alvidó en mucho tiempo del chorro prodigioso; ni tampoco la reina de dar el merecido premio al director de las obras, don Lucio del Valle, a quien, con la Gran Cruz de Carlos III, envió aquella conocida carta autógrafa: «Valle: si Carlos III viviera, colgaría de tu pecho la Cruz de la Orden que instituyó para premiar la virtud y el mérito. A su nieta le cabe la

satisfacción de ponértela, y a tu reina la de apreciar tu talento.»

Al Canal de Isabel II, que empezó así, le fueron creciendo luego no pocas hijuelas de agua, trazados más difíciles, presas nuevas, depósitos y empalmes técnicos necesarios para saciar la sed de este Madrid en prodigioso y continuo crecimiento. Y ahora, a los cien años de su inauguración, el Canal de ayer, tan exaltado por la retórica del tiempo, ya casi no se sabe bien por dónde va, metido modestamente entre la complicada y poderosa red que ha nacido de él.

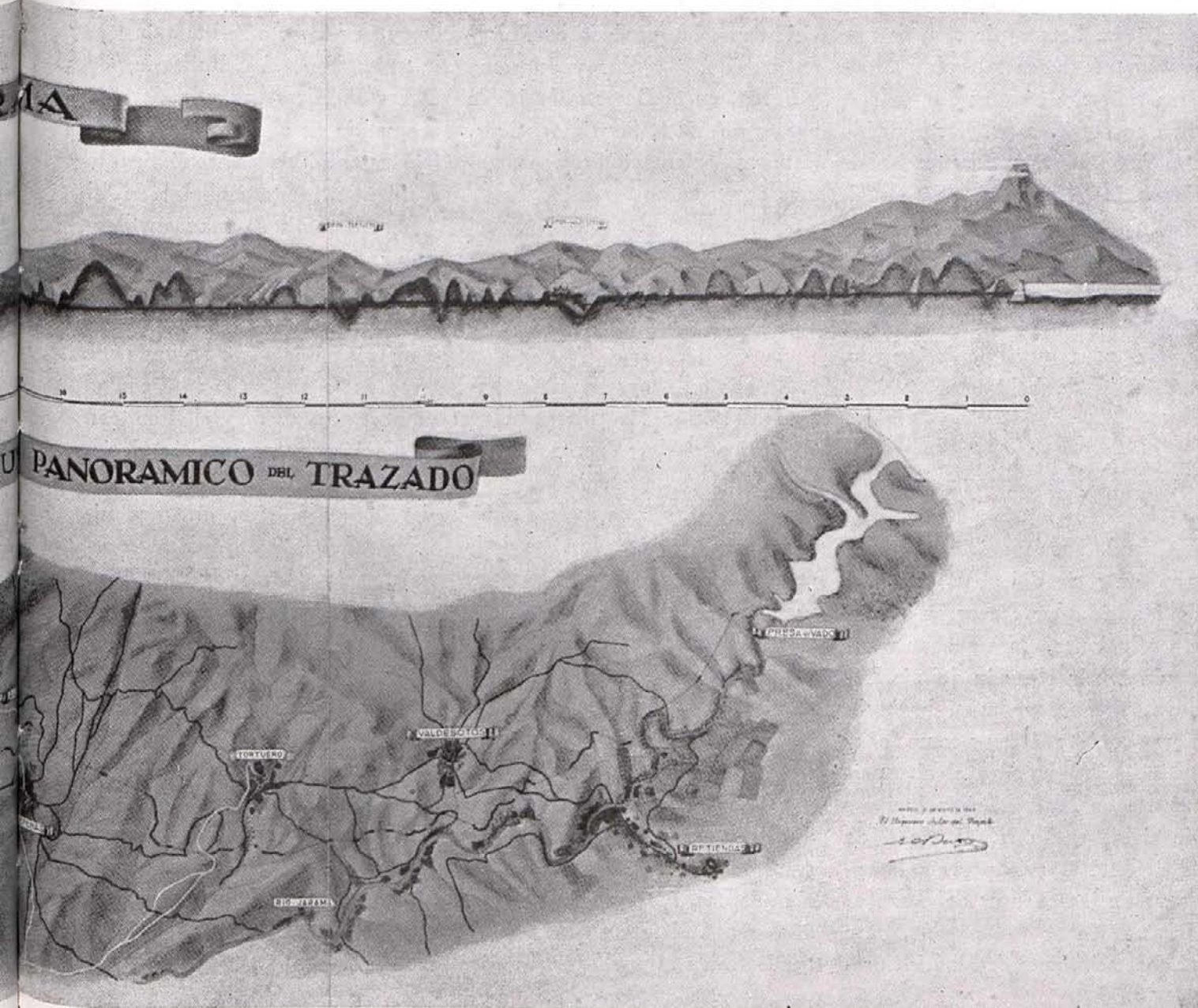


The background of the cover is a monochromatic blue-toned photograph. It depicts a canal or river that curves through a landscape of rolling hills and fields. The water in the canal is calm, reflecting the sky. The hills are covered in vegetation, and the overall scene is peaceful and scenic.

EL CANAL DE MAÑANA

Por ALVARO BIELZA

Ayuntamiento de Madrid



vidar el crecimiento industrial que va adquiriendo Madrid, que le ha hecho cambiar la faz, pasando de ser la urbe parásita y burocrática que todo lo recibía de fuera, a ser la población que sin recursos propios de su tierra, transforma y manufactura productos que le llegan de fuera, no solamente para atender sus necesidades propias, sino que le permite incluso exportar gran parte de su producción.

Estadísticas bastantes recientes

muestran que de un total de 80 poblaciones españolas con más de 20.000 habitantes, 47 no llegan a una dotación de 100 litros por habitante y día, 26 tienen dotación entre 100 y 200 litros por habitante y día, y 7 tan sólo pasan de 200 litros, entre las que se encuentran Pamplona, Madrid, Castellón, Cuenca, Zamora y Toledo, con Gijón, que no es capital de provincia. En las grandes capitales de Europa, es frecuente la dotación de 100 a 200 litros por ha-

bitante y día y, en cambio, en los Estados Unidos, rara es la que baja de 200 litros, y, en general, rebasan los 300 litros, no siendo el único caso, el de Chicago, que pasa de los 1.000 litros por habitante y día. Estimamos, pues, que a pesar de estar en condiciones nada despreciables, es necesario perfeccionar nuestra dotación actual hasta alcanzar la media real de 300 litros por habitante y día, para llegar a fin de siglo, alcanzando la dotación de 540 litros

de media. Esta aspiración es relativamente modesta, sobre todo si se compara con las que se están en América del Norte y aún con las mismas aspiraciones del Canal de Isabel II, allá en el año 1928, en que las necesidades que se sentían eran muchos menores y ya se trataba de asegurar los 300 litros por habitante y día para una población de 3.000.000 de habitantes.

FUENTES DEL ABASTECIMIENTO.

Cuando hace un siglo y pico se trató en serio del abastecimiento de Madrid y se tantearon diversas soluciones, para acabar acertando con la elección del río Lozoya, siempre se miró hacia la sierra del Guadarrama como fuente indicadísima para el abastecimiento de Madrid. A principios de siglo, en la R. O. de 6 de abril de 1906, se preveía la reserva de las cuencas del Lozoya, Jarama, Sorbe y Guadalix, para el abastecimiento de Madrid, pre-

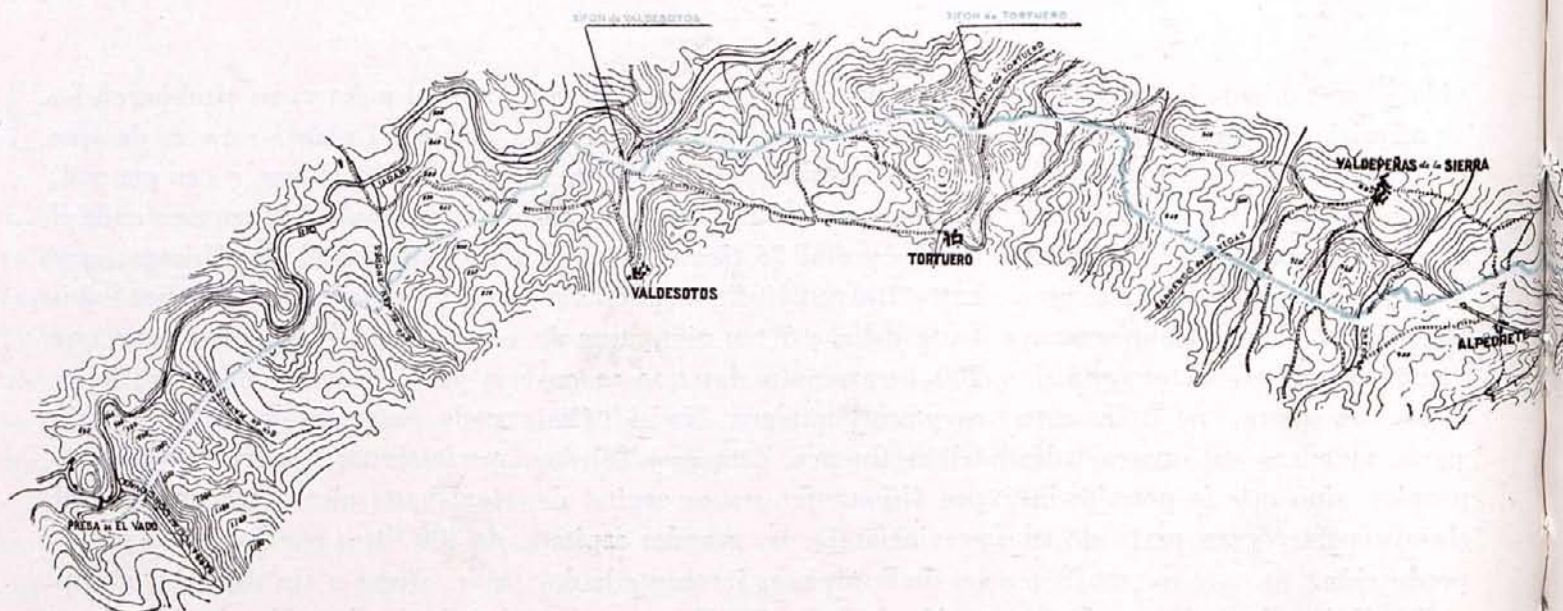
visión que ha quedado confirmada, en cuanto al Lozoya, Jarama y Sorbe, en el Decreto de 10 de agosto de 1954, Seguimos, pues, la misma orientación que estimamos acertada.

LOS EMBALSES REGULADORES Y CANALES DE CONDUCCIÓN

En el río Lozoya, hoy día, hay en explotación los tres embalses de: Ríosequillo, Puentes Viejas y El Villar, que en junto embalsan 123.000.000 de metros cúbicos, y con los que a la vista de la estadística de aforos que se viene realizando desde el año 1900, se puede obtener un caudal medio regulado de 4,13 metros cúbicos por segundo. Pero con estos embalses hay años con sobrante de agua, que rebosa por los aliviaderos de nuestras presas, y que podría guardarse en un embalse aguas abajo de El Villar, en años abundantes, para ser utilizado en años secos. Este embalse está situado frente al pueblo de El Ata-

zar y su proyecto se halla en tramitación en el Ministerio de Obras Públicas, para poder ser acometido en el momento en que las disponibilidades económicas lo consientan. Este embalse de El Atazar es obra de gran envergadura y se ha proyectado con una capacidad de 316 millones de metros cúbicos para regular cerca de 4 metros cúbicos por segundo. Se trata de lo que se conoce con el nombre de «Hiperembalse» con regulación interanual, es decir, que no se vaciará ni llenará todos los años, sino que sus niveles fluctuarán según las características y pluviosidad del año.

Para hacer frente a las necesidades más inmediatas, el Canal de Isabel II tiene en construcción el canal denominado del «Jarama», que tomando sus aguas en el pantano de El Vado, en el río de este nombre, las conducirá hasta el depósito superior del Salto de Torrelaguna, en donde enlazará con los actuales canales de conducción hasta Madrid. Este canal, en construcción avanzada



y que se activa para ser terminado en el año 1960, tendrá una capacidad de conducción de 8 metros cúbicos por segundo, 4 que se tomarán del río Jarama y otros 4 del río Sorbe, que, junto con los 8 metros cúbicos que se podrán obtener del Lozoya, cuando se construya el embalse de El Atazar, nos permitirá situar en Torrelaguna 16 metros cúbicos por segundo.

Como el pantano de El Vado, para los efectos del canal de Jarama, tiene tan sólo una capacidad útil de aprovechamiento de 51 millones de metros cúbicos, quedando 6 inaprovechables por debajo de la toma, se hace preciso construir otro embalse aguas arriba de El Vado, en el lugar denominado «Matallana» con la capacidad necesaria para poder obtener los 4 metros cúbicos por segundo en el conjunto de los dos embalses, capacidad que estimamos ha de ser del orden de los 100 ó 110 millones de metros cúbicos.

Asimismo, en la cuenca del

Sorbe, hacia el lugar denominado «Pozo de los Ramos», a la altura de Almiruete, se propone construir un embalse con capacidad del orden de los 160 millones de metros cúbicos, necesarios para regular otros 4 metros cúbicos por segundo.

URGENCIA DE LOS EMBALSES

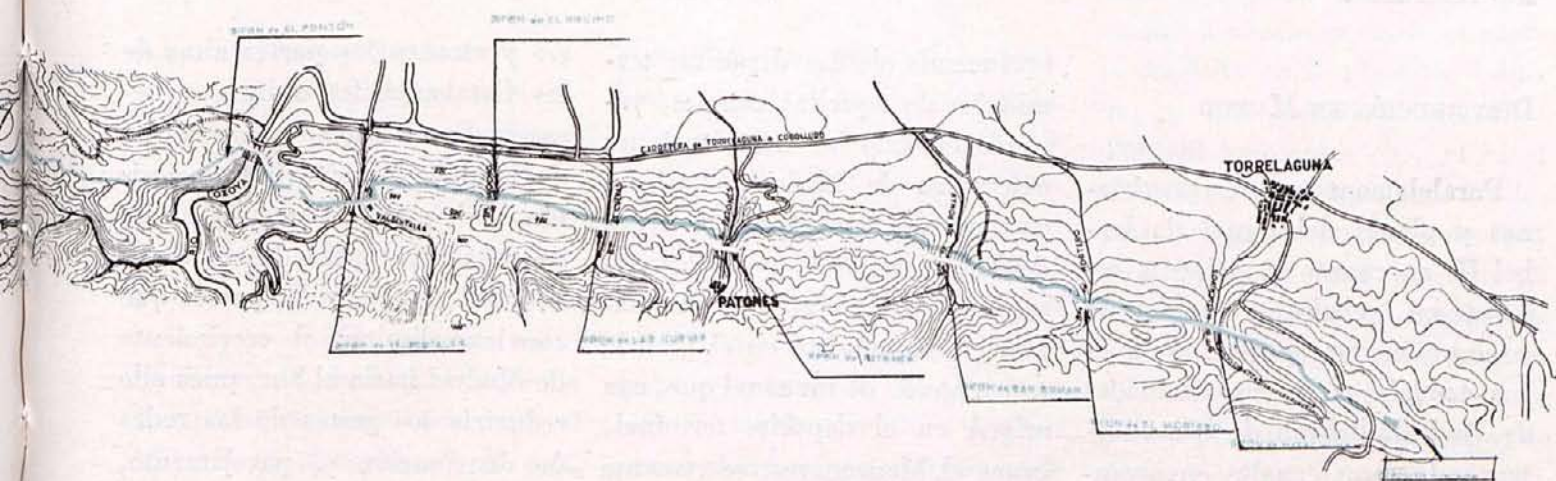
Tanto los embalses del Jarama como los del Sorbe no han de demorarse mucho si las necesidades de Madrid siguen con el ritmo que acusan actualmente. De nada servirá el canal del Jarama, si no se amplían las reservas de agua. El embalse de El Vado ha sido construido por el Estado y ha de pasar al Canal de Isabel II para su explotación, con destino exclusivo al abastecimiento de Madrid. Asimismo, el embalse de Matallana, también en el Jarama, y el del Pozo de los Ramos en el Sorbe, es posible que convenga que los ejecute también el Estado, si es que

el Canal de Isabel II ha de quedarse aliviado en la parte correspondiente para dedicar sus disponibilidades, hoy día muy escasas, para atender a los canales de conducción y redes de distribución de Madrid. Es ésta cuestión de gran altura y que habrán de decidir los poderes públicos, pero sin aplazamientos, pues son obras lentas e importantes.

CONSUMOS ACTUALES E INSUFICIENCIA DE LAS CONDUCCIONES

Algunos días de este verano ya han venido por nuestros canales de conducción más de 670.000 metros cúbicos diarios, o sea 7,75 metros cúbicos por segundo, y concretamente el día 2 de agosto salieron 648.000 metros metros cúbicos desde los embalses del Lozoya y 41.500 metros cúbicos por el canal bajo, lo que hace un total de 689.500 metros cúbicos, muy cerca de los 8 me-

TRAZADO DEL CANAL



tros cúbicos por segundo. A pesar de esto, hay días que los depósitos de regulación de Madrid no se reponen, lo cual confirma la necesidad, prevista en nuestros planes, de construir un tercer canal de conducción desde Torrelaguna a la parte alta de Madrid, hacia El Goloso, que, lógicamente, habrá de tener su origen en el futuro embalse de El Atazar, el día que este embalse se lleve a efecto. Este canal, con anteproyecto que muestra la posibilidad de su realización, va a ser estudiado inmediatamente, con capacidad suficiente para hacer frente, por sí solo, a las posibilidades de las cuencas del Lozoya, Jarama y Sorbe, y que garantice un amplio suministro a Madrid en épocas estivales, aun en el caso de averías de algunos de los canales actuales, y que consientan una reparación a fondo del canal antiguo o bajo, construido en tiempos de Isabel II, que necesita prácticamente la renovación total de sus fábricas, ya caducas. La reparación de este Canal tiene su presupuesto aprobado, pero no será posible acometerla a fondo, en tanto no se disponga de la nueva conducción a que nos referimos.

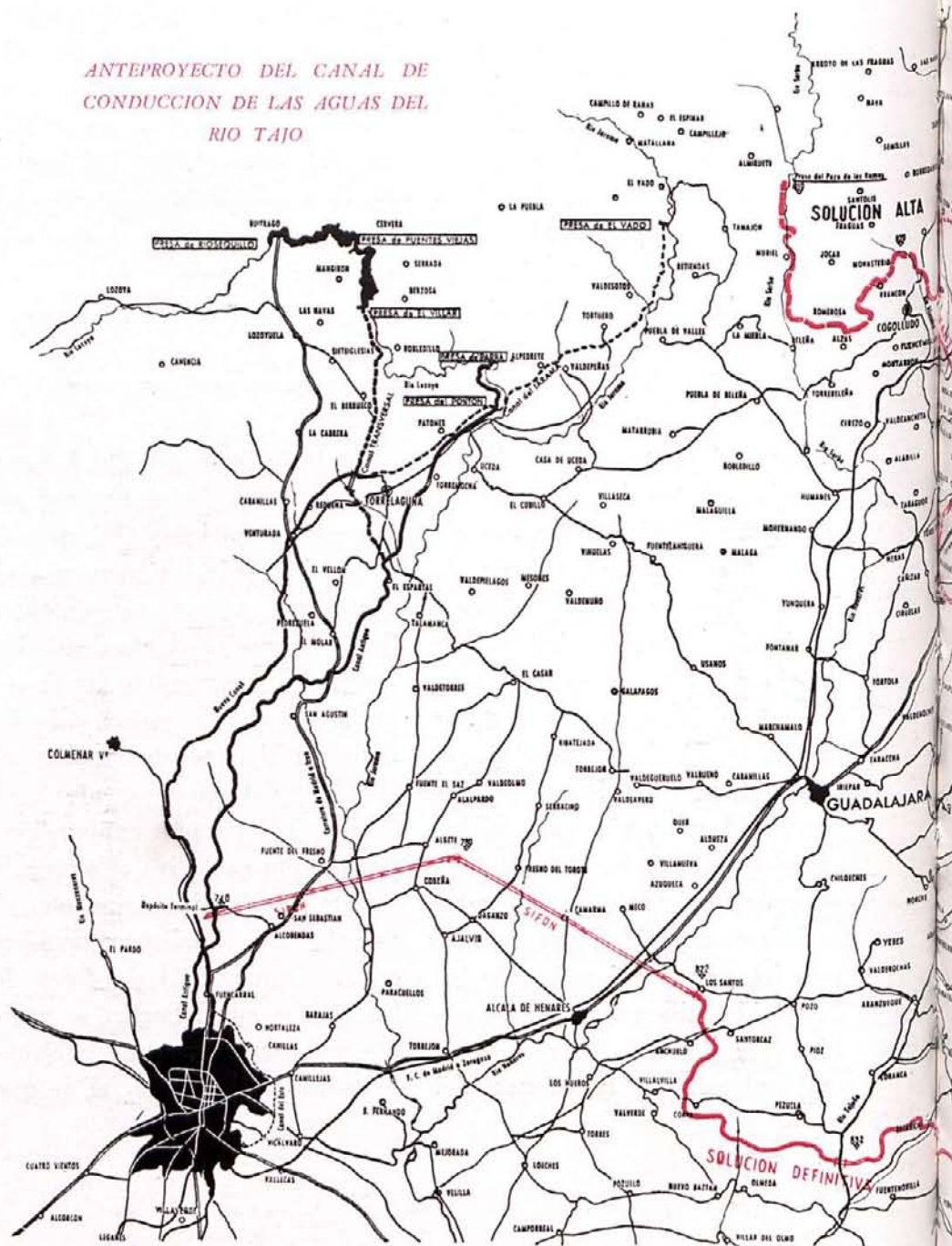
DISTRIBUCIÓN EN MADRID

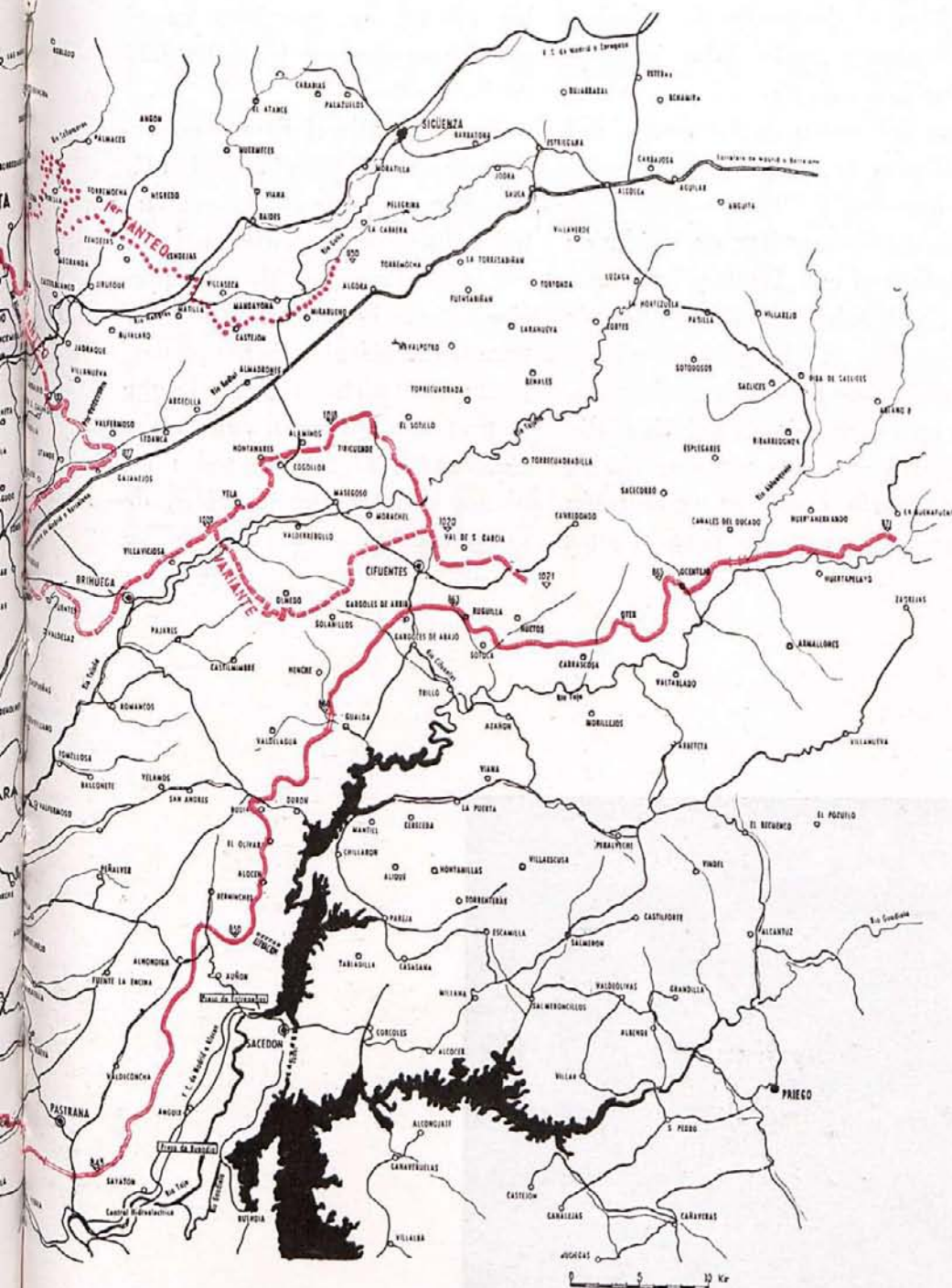
Paralelamente a estas previsiones y planes del Canal de Isabel II, en cuanto se refiere a reservas en embalses y canales de conducción que aporten los nuevos caudales a las proximidades de Madrid, habrán de irse construyendo otros canales envolventes de la ciudad y arterias que,

arrancando de los depósitos terminales de aquellos canales, vayan cubriendo las urbanizaciones extensivas de Madrid. Así, del extremo del canal que arrancará de El Atazar, que, por de pronto, habrá de iniciarse en Torrelaguna, está previsto en el plan la construcción de un canal que, con origen en el depósito terminal, cruce el Manzanares, se remonte por las márgenes derechas de este

rio y alcance las partes altas de los Carabancheles e incluso Leganés. Se discute si este canal ha de dominar la mayor altura posible, o si, por el contrario, no ha de rebasar al poblado de Carabanchel. Por un lado, parece que conviene limitar el crecimiento de Madrid hacia el Sur, pues ello reduciría los gastos de las redes de distribución y, parejamente, los de saneamiento, alumbrado y

ANTEPROYECTO DEL CANAL DE CONDUCCION DE LAS AGUAS DEL RIO TAJO





Oeste se prevé con una capacidad de conducción de unos 3,48 metros cúbicos por segundo. Asimismo, están previstas nuevas arterias en la zona Norte de Madrid con capacidad de hasta 5 metros cúbicos por segundo en junto, y en la zona oriental, la terminación del Canal del Este y depósitos correspondientes, con alguna elevación parcial para el suministro amplio de agua a las zonas altas de la carretera de Aragón y García Noblejas y refuerzo de la zona de Vallecas y carretera de Andalucía, con la nueva arteria del Pacífico y Rondas, que no podrán quedar definitivamente instaladas en tanto no se pueda terminar la galería que ha de ir por la nueva carretera de Valencia.

POBLACIÓN QUE QUEDARÁ ABASTECIDA

Estas previsiones alcanzan hasta el año 1980, en el supuesto de una población a abastecer de: desde el nivel alto, o sea desde el depósito elevado de la plaza de Castilla y después de El Goloso, de cerca del millón de habitantes; una población de 1.700.000 habitantes para el nivel intermedio, a abastecer desde el cuarto depósito en la plaza de Castilla, y una población de unos 600.000 habitantes para el nivel inferior, a abastecer desde los depósitos segundo y tercero de Bravo Murillo. Es decir, en junto algo más de 3.300.000 habitantes.

Pero aún van más allá las previsiones que figuran en nuestros planes propuestos al Ministerio de Obras Públicas, pues para el año 2.000, en que puede considerarse

demás urbanización, pues es evidente que las urbanizaciones diseminadas y de poca densidad encarecen todos los servicios públicos. Pero, por otro lado, la realidad nos muestra cómo van surgiendo urbanizaciones fuera de todo lo previsible, algunas en el kilómetro 12 de la carretera de Extremadura, colindantes con el término de Alcorcón, y lo mismo por la de Andalucía, lo que

probablemente obligará a cambiar el criterio que se apuntaba en nuestros planes, para evitar la extensión de Madrid hacia el Sur, prolongándose de un modo considerable nuestros canales secundarios y arterias de distribución, con gran encarecimiento de los costos para el suministro de agua por primer establecimiento y después por explotación y conservación de tales instalaciones. Este Canal del

que la población de Madrid ha de alcanzar los 5.000.000 de habitantes, hay posibilidad de atender a sus necesidades con la construcción de un canal y un embalse en el río Tajo, hacia la «Buena fuente», que con una regulación de $10,5 \text{ m}^3/\text{seg.}$ y el aprovechamiento de $2 \text{ m}^3/\text{seg.}$ de la cuenca del Guadalix, en la Presa del Mesto, que completen los 27 metros cúbicos/segundo regulados necesarios para abastecer a tal población con dotación de 540 litros por habitante y día.

Para el desarrollo de todos estos planes harán falta ingentes cantidades de dinero, que estimamos del orden de los cuatro mil millones de pesetas para atender a aquellos 3.300.000 habitantes que suponemos han de residir en Madrid el año 1980, y otros cinco mil ochocientos millones de pesetas para el aprovechamiento del río Tajo en la «Buena fuente», el aprovechamiento del Guadalix en el Mesto y la construcción de un cuarto canal de conducción que será necesario para aportar

los $27 \text{ m}^3/\text{seg.}$ previstos en el plan, y así alcanzar los 5.000.000 de habitantes.

De no acudir el Estado en auxilio directo del Canal de Isabel II, cosa que rompería con la tradicional política de autosuficiencia de este organismo estatal, será preciso dotarle de tarifas suficientes para la financiación de sus planes, si es que Madrid ha de ser lo que se pretende, pues sin agua están condenados al fracaso todos los planes sociales que se traten de llevar a cabo.



NACIMIENTO Y RECORRIDO DEL AGUA DE LOZOYA

Por JOSE
LEAL FUERTES

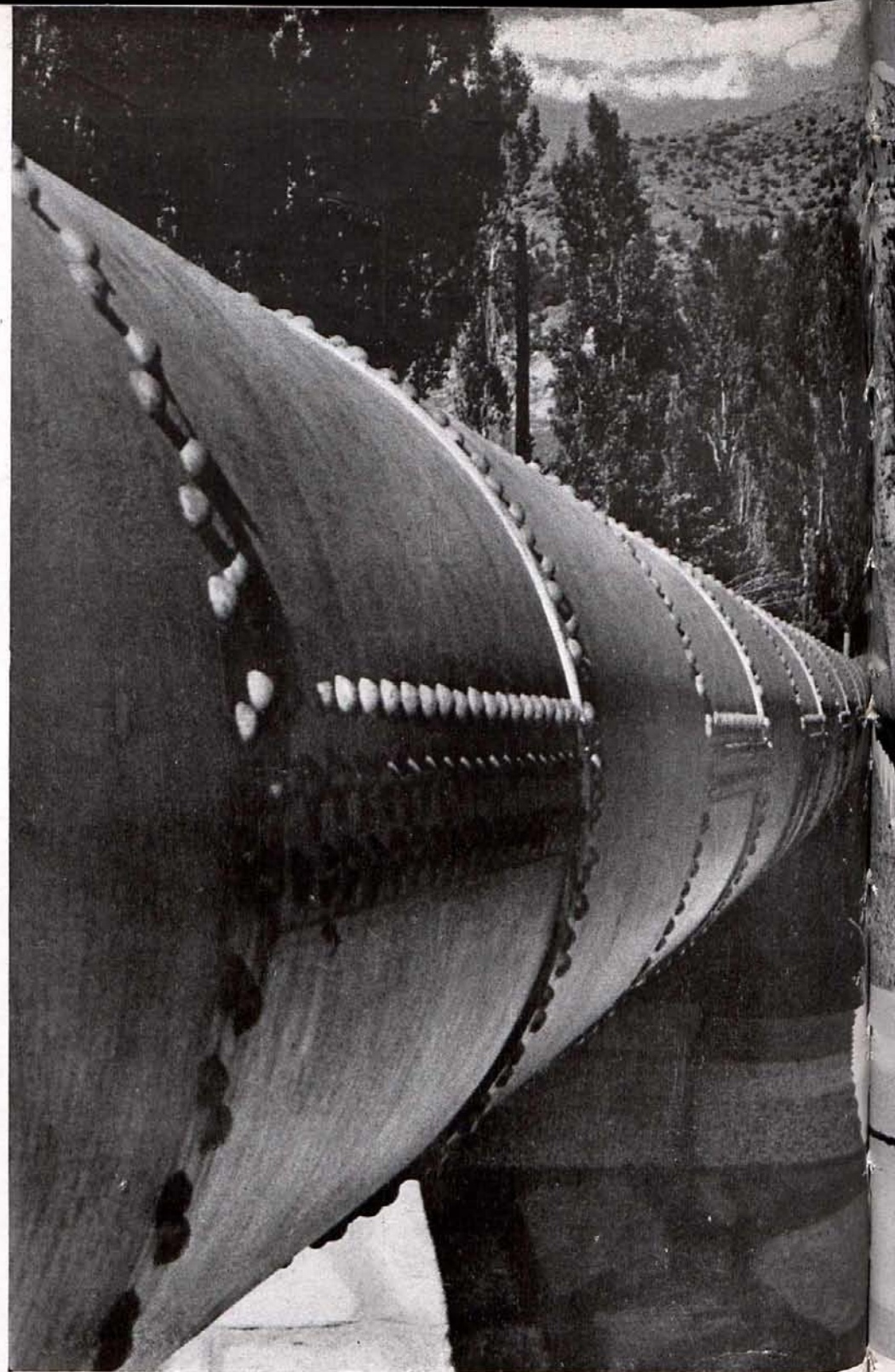
Ayuntamiento de Madrid

SUELEN presumir los madrileños de poseer un agua que compite con las mejores del mundo. La apreciación no es exagerada. En efecto, cuando la sed veraniega se hace insoportable no es extraño que la cerveza, la naranjada, la coca-cola y otras ingeniosas invenciones, se vean derrotadas por un vaso de Lozoya. Por eso, en estos momentos en que el Canal de Isabel II ha cumplido cien años de existencia, merece la pena recordar el nacimiento de esta ingente empresa, que inmortalizó el nombre de una reina —Isabel II— y de un político —Bravo Murillo—, así como hacer una breve referencia al complicado recorrido del cristalino líquido hasta llegar al vaso que ahora tenemos entre las manos.

* * *

El establecimiento de la Corte en Madrid, en la época de Felipe II, convierte el pequeño lugar medieval en la capital de un vasto imperio. La población aumenta considerablemente y este crecimiento hace surgir un problema que hasta entonces no había preocupado al vecindario ni a sus regidores: el abastecimiento de agua potable. La provisión de aguas de Amaniel, así como los antiguos viajes de Alcubilla, Alto y Bajo Abroñigal, la Castellana, etc., no podían satisfacer las necesidades mínimas de una población en constante crecimiento. Tampoco resolvían la situación las numerosas fuentes públicas existentes dentro del recinto de la ciudad o en sus alrededores, aunque a algunas, como la de San Isidro, que todavía mana hoy junto a la ermita, se les atribuyeran propiedades curativas y otras llegaran a gozar del favor real, como sucedió con la famosa Fuente del Berro, preferida por Carlos III.

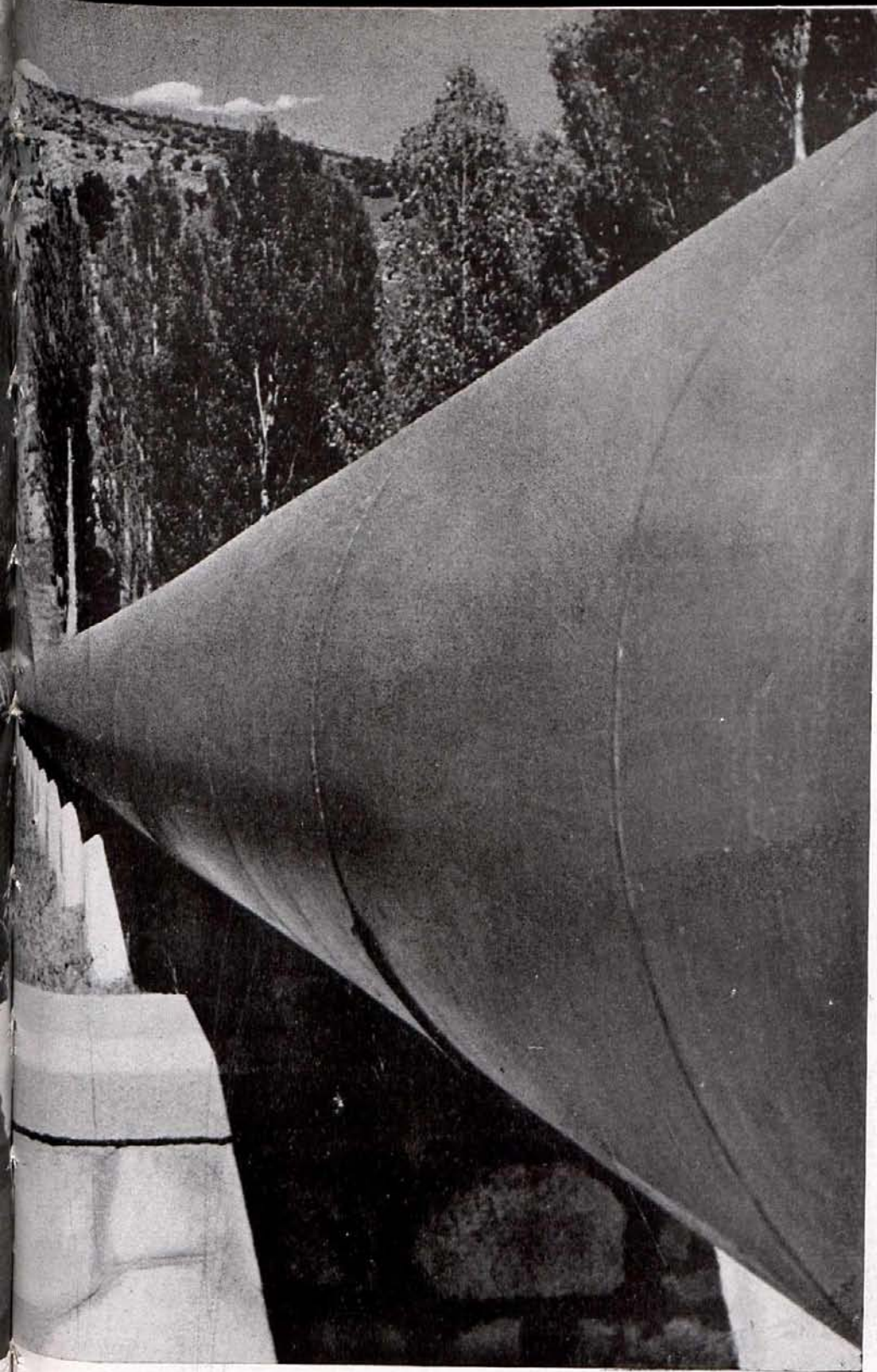
Al advenir el siglo XIX el problema era realmente angustioso. El vecindario, contenido dentro de la cerca trazada en virtud de Real



El Canal Alto arranca del depósito superior de la Central a 35 metros sobre el nivel del mar.

Cédula dictada por Felipe IV en 9 de enero de 1625, había alcanzado, en 1850, la cifra de 223.439 habitantes. Estos datos bastan para comprender que la cuestión se agravase hasta el punto de poner en peligro la propia capitalidad, ya que de no haberse resuelto satisfactoriamente el problema la Cor-

te se habría visto obligada a establecerse en otra ciudad que reuniese mejores condiciones. La propia Exposición de motivos del famoso Real Decreto de 18 de junio de 1851, creador del Canal de Isabel II, lo reconoce al decir que «Madrid, residencia de los Reyes y de los altos poderes públicos, pa-



erelaguna, para llegar a la Capital con una altura superior
Canal Antiguo

tria común de los españoles, ve amenazada su existencia por la escasez del agua...».

En conclusión, Madrid, a pesar de su situación cercana a la Sierra de Guadarrama, era hace un siglo una población poco recomendable desde el punto de vista sanitario. Estas circunstancias no pasaron des-

apercibidas a los gobiernos, como lo atestiguan los numerosos proyectos formulados en distintas ocasiones para abastecer de agua a la Villa y Corte. Entre ellos pueden mencionarse el presentado por don Jorge Siere, en 1767, que tomaba las aguas del Jarama; el de don Juan de Villanueva, redactado en 1786,

siendo ministro del ramo el Conde de Floridablanca; el de don Mariano Vallejo, fechado en 1819; el de Francisco J. Barra, suscrito en 1829, etc.

Nombrada una Comisión especial de traida de aguas, se intensifican en 1844 las tareas, con la colaboración eficaz del Ayuntamiento de la capital, especialmente de su síndico don Pablo de Rozas. Sin embargo, los trabajos no siguieron adelante hasta que el Real Decreto de 18 de junio de 1851, refrendado por don Juan Bravo Murillo, dispuso la ejecución de las obras, conforme al Proyecto presentado por los ingenieros don Juan Rafo y don Juan de Rivera. Los trabajos, después de vencer múltiples dificultades, entre otras, la interrupción causada por la epidemia del cólera de 1855, tuvieron feliz término en 24 de junio de 1858.

Desde esta fecha memorable la Villa viene disfrutando la finísima agua de Lozoya. Pero la empresa no concluyó con la construcción de la pequeña presa del Pontón de la Oliva y el primitivo canal de 77 kilómetros. Las obras continuaron y continúan impuestas por el ritmo del progresivo crecimiento de la capital. Nuevas presas, depósitos, canales e instalaciones completan la complicada red destinada a cubrir las necesidades de una población que se acerca a los dos millones de habitantes. Para que el lector pueda darse cuenta, le invitamos a recorrer, en una rápida visita, lo más representativo de esta obra, tan íntimamente ligada al desarrollo de Madrid.

* * *

Comenzaremos por los orígenes. Nos situaremos en las estribaciones del Pico de Peñalara, por su vertiente sur, después de dejar atrás la paz conventual de El Pualar. Son las tierras frecuentadas por el Arcipreste; el Guadarrama, «viejo

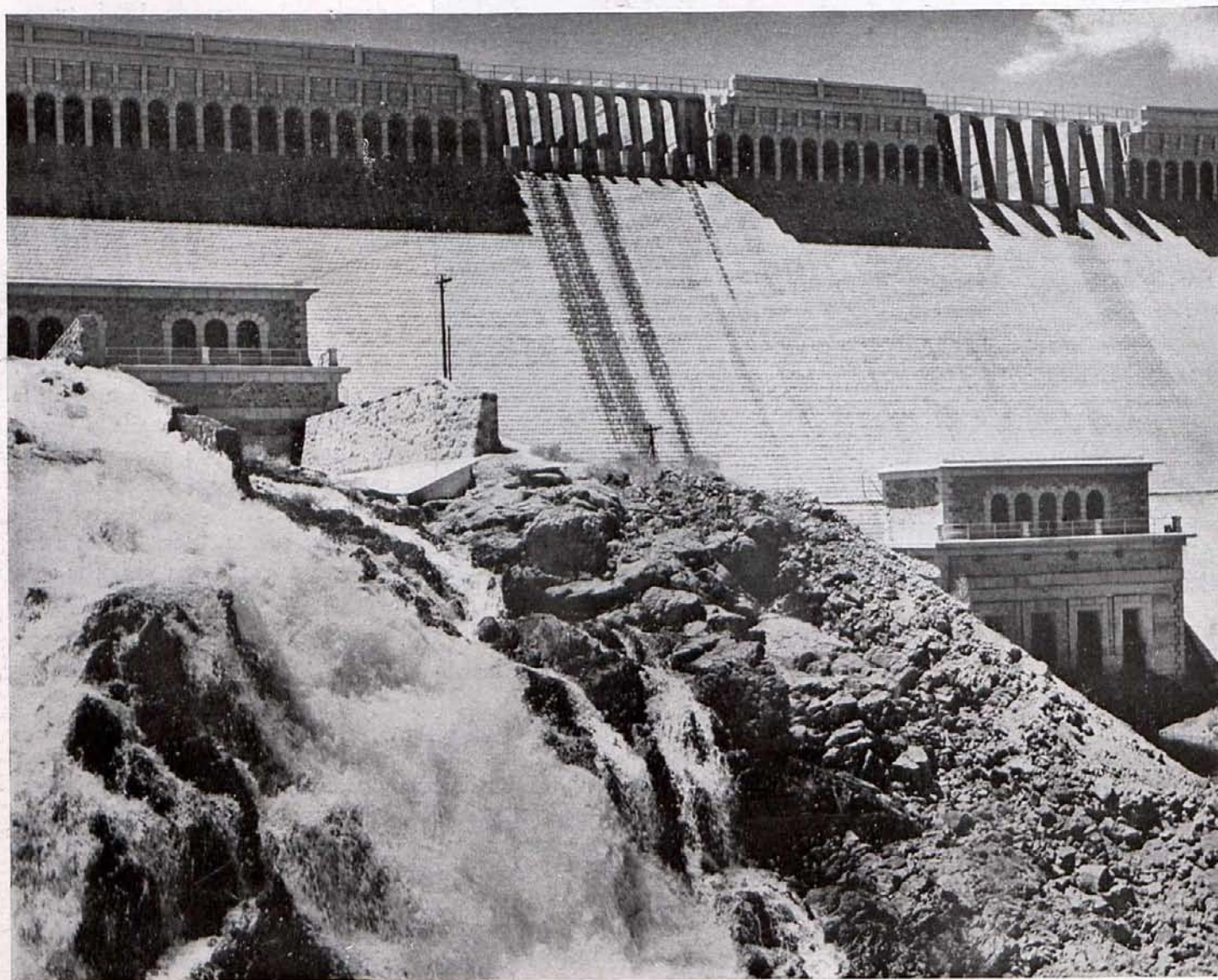
amigo» de Antonio Machado. Torrentes cristalinos se precipitan del alto de Pañalara y de las Cabezas de Hierro y parecen traernos ecos de las estrofas del Buen Amor. Ya por Rascafría, han vertido su caudal al Lozoya varios arroyos y, al pasar por el pueblo de su nombre, se ha ganado la calificación geográfica de río. A partir de aquí su curso es tranquilo y, poco antes de llegar a Buitrago, la naturaleza cede su paso a la industria humana. Nos encontramos ante la presa de Ríosequillo, el más moderno de los embalses, recientemente inaugurado, que podrá regularizar un caudal de 4,7 metros cúbicos por segundo. Su planta es recta, de perfil

de gravedad; la longitud del muro de contención es de 1.060 metros y su anchura en la base de 62,40 metros y en la coronación de cinco. Puede embalsar 48 millones de metros cúbicos. Esta presa, en cuya construcción se han gastado 55.000 toneladas de cemento, no está totalmente terminada, lo que no impide que preste actualmente servicio, formando el principio de un cadena de embalses, cuya finalidad es transformar las aguas turbias y contaminadas en transparentes y puras. Como se dice en la «Memoria» de los cien primeros años del Canal de Isabel II, bastan algunas semanas de tranquilidad en estos embalses para que

la sedimentación, la aireación y el soleamiento produzcan el doble resultado de su clarificación y depuración. La consecución de estas condiciones está garantizada por las características naturales de los embalses, en vasos profundos y rocosos, de laderas abruptas y solitarias, completadas por el establecimiento de canales de aislamiento natural, desviación de crecidas y toma directa del río contorneando los embalses.

Después de pasar por Buitrago, con sus almenados muros y su histórico castillo mirándose en el río, vestigios todos éstos que nos hacen evocar la figura de don Iñigo López de Mendoza, cuando aposentó en esta ciudad a don Juan II de Cas-

El Embalse de Ríosequillo, recientemente inaugurado, podrá regularizar un caudal de 4,7 metros cúbicos por segundo





Interior de la Central Hidroeléctrica de Torrelaguna

resco cañón del Lozoya, con abundante pinar en sus laderas. En este punto no sabemos qué es más digno de admiración: la naturaleza circundante o esta obra atrevida, proyectada por los ingenieros Boix y Morer, de esmerada ejecución, con la cual, como han reconocido los técnicos, la ingeniería española se adelantó en treinta años a los progresos preconizados más tarde en Europa y América. Esta presa, que comenzó a funcionar en 1882, puede embalsar 24 millones de metros cúbicos, y su caudal, transparente y clarificado, es protegido del peligro de posterior enturbiamiento mediante dos canales laterales que recogen las aguas que puedan enviar las laderas y de esta forma las vierten, por debajo de la presa, al río. Cuando empezó a funcionar El Villar, el agua se desviaba por el río Lozoya hasta la antigua presa de La Parra, situada a 21 kilómetros, desde donde se iniciaba el Canal antiguo, pasando por la primitiva presa del Pontón de la Oliva. Esta derivación ofrecía pe-

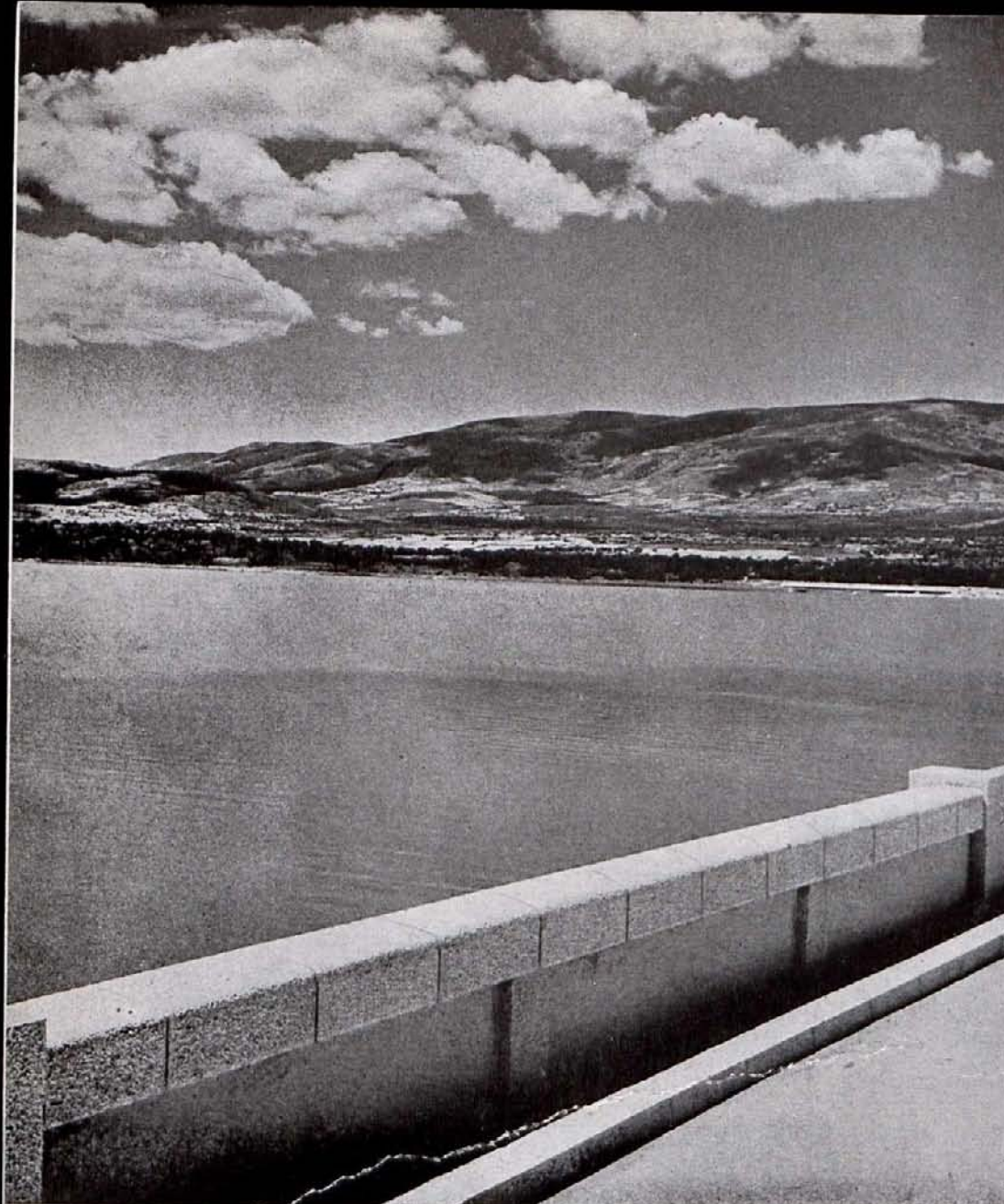
tila, llegamos al embalse de Puentes Viejas, cuya construcción, comenzada en 1913, se realizó en dos fases, pudiéndose considerar totalmente terminado en 1940, salvo las alzas móviles del aliviadero de superficie.

Constituye el embalse de Puentes Viejas el segundo eslabón de esta cadena hidráulica, que recoge las aguas procedentes de Ríosequillo y, una vez clarificadas, las trasvasa a la presa del Villar, de donde, como veremos, arranca el canal de abastecimiento a Madrid. Todavía hoy su capacidad es superior a Ríosequillo, puesto que puede embalsar 50 millones de metros cúbicos. Si las aguas llegan claras a Puentes Viejas, pueden pasar de aquí directamente al embalse de El Villar. En otro caso, son recogidas por la presa auxiliar del Tenetoso, desde la cual se desvían hacia un canal de desagüe que vierte en el río Lozoya, precisamente por debajo de este embalse y sin peligro de contaminar el canal de conducción.

Siguiendo el curso trazado, arribamos al embalse de El Villar, situado a continuación de un pinto-



Muro de contención del Embalse de Ríosequillo



Las características naturales del embalse, rodeado de laderas abruptas y solitarias, garantizan la depuración y clarificación del agua

ligro de enturbiamiento y para evitarlo se ideó el llamado Canal Transversal, con un trazado más alto que el Canal Antiguo, que arranca del propio embalse de El Villar y hace llegar el agua a Madrid en las mismas condiciones que está en la presa. De esta suerte han quedado abandonadas y fuera de servicio las antiguas presas de La Parra y el Pontón de la Oliva. (Aparte del sistema de depuración que hemos descrito existen dos estaciones de cloración, una cerca del pueblo de Redueña y otra en To-

rrelaguna, que funcionan como auxiliares poderosas para garantizar la pureza del líquido elemento.)

La mayor elevación del Canal Transversal tiene como consecuencia la creación de un salto de producción de energía eléctrica cerca de Torrelaguna, antes de enlazar su segundo tramo con el Canal Antiguo, por el cual continúa el agua hasta llegar a Madrid.

Pero el crecimiento de la capital, sobre todo en los barrios altos, creó una dificultad en el abastecimiento. Esta ha sido la causa del trazado

de una nueva conducción, el Canal Alto, que arranca del depósito superior de la Central de Torrelaguna para llegar a Madrid con una altura superior a 35 metros sobre el Canal Antiguo, en el cual el moderno y utilitario hormigón ha sustituido a la señorial y costosa sillería.

Ya en Madrid, se completa la conducción con los depósitos segundo y tercero, situados en las calles de Bravo Murillo y Santa Engracia, como final del Canal Antiguo, y el cuarto como remate del Canal Nuevo o Alto, en el arranque de la Avenida del Generalísimo. Todos estos depósitos, cubiertos y convenientemente ventilados, conservan el agua en condiciones de pureza, transparencia y temperatura. Para el suministro de zonas altas existen, además, dos depósitos elevados. Hablar de las tuberías de enlace de todos estos depósitos, de las grandes arterias de distribución, unas y otras en galerías visitables que alimentan la complicada red de distribución de Madrid hasta llegar a los grifos, sería objeto de otra crónica. Piénsese que la longitud total de estas tuberías llega a los 800 kilómetros, es decir, la distancia en línea recta de Valencia a La Coruña. Por otra parte, las necesidades aumentan cada día, como lo demuestra el hecho de que cuando se construyó el tercer depósito se pensó que sirviera de reserva para un mes, mientras que hoy su capacidad supone el consumo máximo de un día de verano.

La importancia de esta obra es tal que, como decía Mesonero Romanos, al comentar el Real Decreto de 18 de junio de 1851, podía considerarse como un monumento a la memoria de Isabel II, cuya realización «hablará más alto a las generaciones futuras que todas las estatuas que el amor de este pueblo hacia su augusta hija pudiera levantar».



EL AGUA DE MADRID

P O R E L D R . C . B L A N C O S O L E R

Ayuntamiento de Madrid



MADRID es quizá de cuantas poblaciones existen en la vieja España la más aficionada a las fuentes. Semejante inclinación le viene de antaño, cuando la capital de la Península sólo contaba con el hilillo de plata del Manzanares. Este «aprendiz de río», al que se le vitupera sin fundamento, tuvo la mala suerte de que sobre su menguado acervo cuajara una frase especialmente quevediana. Porque el «tal aprendiz» mitigó la sed de los habitantes durante infinidad de años, y si no pudo apagarla totalmente, échese la culpa al encanto de los mostos de Valdepeñas, de Esquivias y de la Mancha, que le hacían la competencia en los gustos y devaneos de los simpáticos madrileños. No obstante, arroyos y ría-

chuelos recorrían lamiendo la muralla o el límite de la ciudad, y Recoletos, el Prado y Atocha, como la Moncloa y la Casa de Campo, tenían sus riatillos más o menos abundantes, cuya vecindad invitaba a jolgorios y merendolas.

Los viejos cartapacios del XVIII señalan más de catorce fuentes desde el Prado de «Atocha» al de «Recoletos», a las que el propio Conde Duque cuidó con esmero. Se tenían como excelentes y refrescaban la garganta de los que bajo la canícula iban a buscar la sombra de la alameda, más propicia para el amor que de sitio de tranquilo esparcimiento. Y por ello surgió en la mente de corregidores y gobernantes la creación de monumentos que dejaran constancia de aguas tan ex-

traordinarias. La de *Apolo*, debida al ingenio de Ventura Rodríguez y Manuel Álvarez, ante la que tantas veces se parara pensativo «Fígaro»; la de *Cibeles*, que la realizaron Roberto Michel y Francisco Gutiérrez y últimamente Miguel Ángel Trilles; la de *Neptuno*, labrada por Juan Pascual de Mena, etc... «Tienen prevención de arboledas vecinas las poblaciones numerosas, donde el agua de las fuentes enfría el aire, el aire las hojas, para que las hojas, aire y fuentes hagan un deleitosísimo paseo. Esto en Madrid se llama el Prado», dice un historiador. «Lindísima agua» llama a la del Prado el maestro Pedro Medina, sobre todo, la que saltaba sobre nueve grandes tazas de piedra a la que mojaba con picardía aquella esfera portadora de un espejo de

bronce en medio del cual cantaba la frase «Vida y gloria».

Sería absurdo el suponer a Madrid sin agua cuando era frondoso el Prado y exuberante de vegetación el Retiro, que el opulento Conde Duque trazó para templar el ánimo de su señor don Felipe. Madrid era además famoso por sus huertas, que le rodeaban materialmente y aun entraban más o menos vergonzantes por la calle que lleva este nombre.

Fuentes como «El Caño Dorado»; «La Sierpe» y «El Olivillo» hacían las delicias de quienes las probaban, y Cervantes, al referirse al Prado, dejó fe de las mismas en aquellos versos de despedida:

«Adiós Madrid, adiós tu Prado y fuentes,
que manan néctar, llueven ambrosía.»

Por cierto que durante mucho tiempo estuvieron mirándose Neptuno y Cibeles, lo que dió motivo a que Sinesio Delgado escribiera:

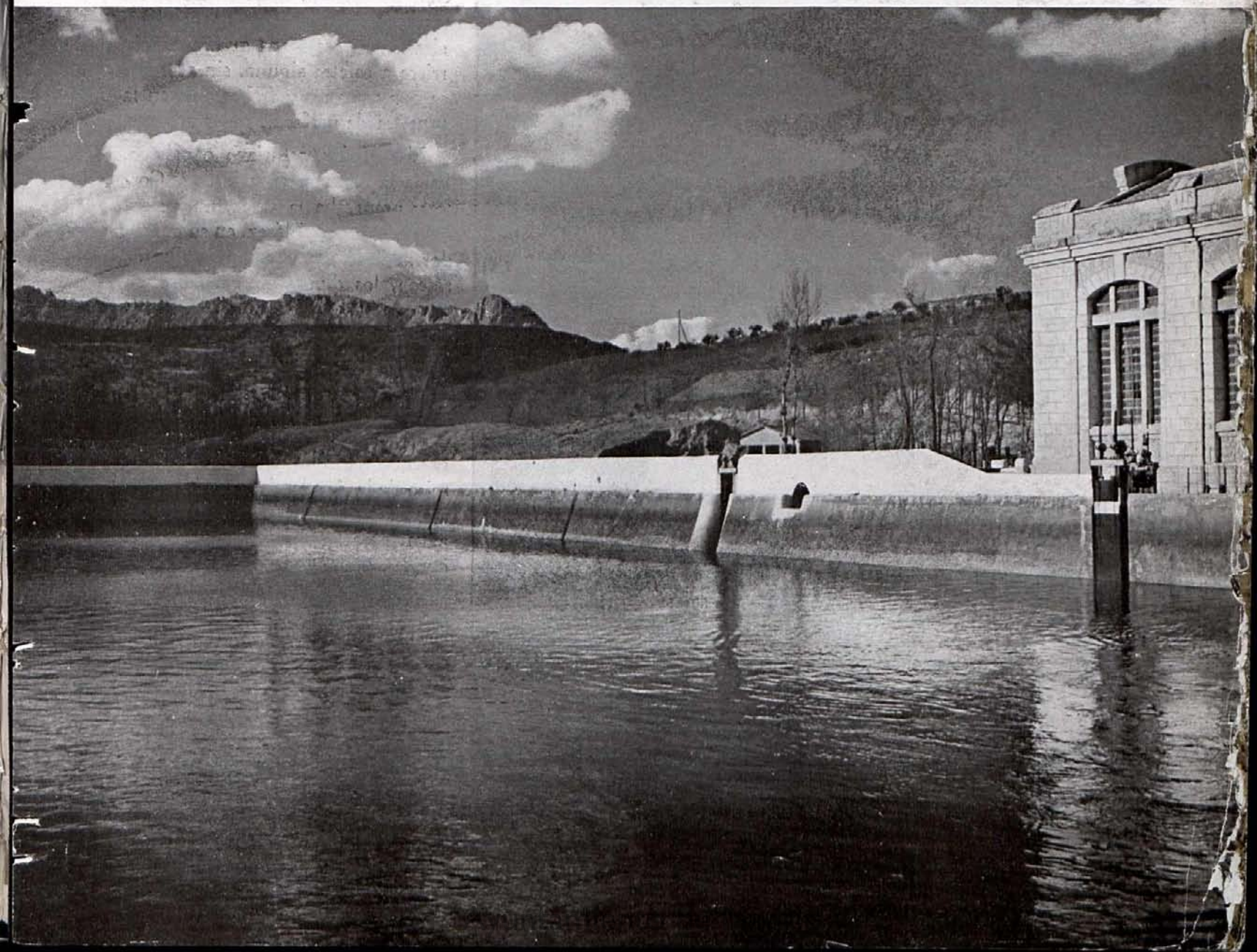
«Neptuno y la Cibeles se hicieron gu-
ñños
y apareció en el Prado la mar de ni-
ñños.»

¡Qué bellas las cuatro fuentes de la Plazoleta!... Ramón Gómez de la Serna protestará de que servirán de abrevadero cuando aún había simones y coches castizos: «los hocicos, al meterse blandamente en

el agua, se vuelven más de hipopótamos».

Y en los tiempos que corremos fuentes quedan como demostración de la riqueza de manantiales y de la preocupación de vecinos y autoridades: «La Mariblanca», que va de aquí para allá, según el viento que mueve al concejo de regidores; la de las «Ranas», la de «La Alcachofa», la «Tripona», la del Berro, la de los Galápagos, etc.

Los manantiales servían para algo más que para apagar la sed del ciudadano; servían para jugar con el agua y lanzarla al espacio entre jironcillos de arte y de gracia. El madrileño veía en las fuentes no lo utilitario, sino lo bello, y no con-



cebía que pudiera tomarse «el líquido elemento», sino a través de una voluta, de una barroca taza o de una figura que alegrara su afán. La sed se compensaría más y mejor si la fluencia era conducida por nereidas y dioscecillos mitológicos o bajo el patrimonio de Venus y Apolo declamando su amor al sonido de una pequeña cascada concebida por el real escultor o arquitecto de turno.

Una muestra de la riqueza de esas aguas subterráneas, pero casi a flor de suelo, fué que el estanque del Retiro, lo llenaban cuatro norias, una en cada esquina... Y algunas calles se denominaban y aún se denominan, de forma bien precisa: «del Agua», «de los Caños», «de las Fuentes», «de las Ranas», etcétera.

Sobre las ramblas de los arroyos se han construído las grandes vías

del moderno Madrid: Recoletos, Prado, Atocha, Alcalá y ahora el Arroyo Abroñigal.

Todo esto constituían los llamados después «antiguos viajes», que parecen ser aguas filtradas sobre detritus, por lo que en sentido higiénico no parecen recomendables y químicamente ya el pueblo de Madrid, con su acostumbrado salero, los definió como «agua gorda». La preocupación, pues, era grande en la vida y desarrollo de la ciudad. La máxima la tuvo ya el Conde Duque, pero desde Carlos III fué una verdadera pesadilla para reyes y gobernantes. Regato o manantial que aparecía, se intentaba captar con las técnicas entonces en uso, y franceses e italianos pusieron su magín al servicio de la necesidad de los madrileños. El aguador, institución tradicional, tiene en las fuentes su origen, que eso de conducir el agua no era faena que se le ocurriera a caletre alguno, sin acordarse que romanos y árabes dejaron la muestra de perfectas redes urbanas.

El aguador, asturiano o gallego, hacía la fortuna en la Villa y Corte y preparaba la vejez, muy ricamente. Antonio Flórez, en su evocador artículo del «Semanario Pintoresco», los divide en «aguador de cuatro arrobas, o de cuba», y «aguador» de cuatro cuartillos, o de botijo». Los primeros son del noroeste de la Península y los segundos de la mismísima tierra del Oso y del Madroño. Con gracejo escribía Flórez que habrá de advertir con permiso de la Academia que la palabra aguador no significa fabricante de agua, sino traficante en ella. Y es curioso que explicara la necesidad de semejante oficio de forma tan galana como vamos a relatar y que no se diera cuenta de que si el gas era ya llevado hasta domicilio, no se hiciera lo mismo con el agua: «Pero como no es posible que haya un manantial para cada individuo, ni que tenga comolacencia de irles a buscar a domicilio, como las empresas del alumbrado de gas, cuyos



brazos alcanzan a todas partes, de ahí nace la generosidad del aguador: especie de esponja eternamente colocada entre el agua y el fuego, para impedir que perezca abrasado el globo.» Es indudable que el aguador constituía un gremio sin formación gremial. Un tacto de codos los unía y cada cual llamaba en su auxilio a deudos y a paisanos para que le ayudaran y después, al retirarse, les dejaba el negocio, que era pingüe en extremo. Hasta 1855 cada habitante madrileño tenía una dotación de agua que no rebasaba de 6,5 litros (un cubo, más o menos), y era transportada por unos mil aguadores; costaba cada metro cúbico 2,32 pesetas, lo que una vez inaugurado el Canal sólo valdría de 30 a 50 céntimos.

Para tener derecho a llenar 30 ó 40 cubas diarias en una de las fuentes de la Corte, se requería haber obtenido una plaza de aguador de número. Plazas que se vendían por el propietario o por el Ayuntamiento. Existen noticias de que en 1851, se estipulaba cada permiso por quince onzas de oro, precio que ahora estimamos como fabuloso. Un aguador venía a complacer a 40 casas, cobrando por su trabajo diez reales mensuales. «Cuando a las primeras horas del día duermen la mayor parte de los habitantes de Madrid, las llaves de la mitad de las casas están en poder de los aguadores y jamás ha ocurrido un robo, ni ejecutado, ni cometido por ellos».

El aguador de botijo es el antepasado de la «Manuela», cantada en el moderno género chico, y del que en el tendido de la plaza de toros nos molesta con sus constantes pisotones y chillidos pregonando la gaseosa fresca o la Coca-Cola estimulante. En verano vendían agua, azucarillos y merengues en el Prado; en invierno voceaban la mercancía en la Puerta del Sol o se hacían presentes en los entreactos del Teatro Español. Estos aguadores de pequeña escala cuidaban de los parroquianos que bebían una dosis

fija y a determinada hora y a ellos se dirigían antes de deambular por paseos y plazuelas. Se deslizaban timoratos, según comenta algún escritor festivo, ante las tabernas, no fuera que un borracho les rompiera el cántaro, y cuando tropezaban con un niño no cejaban en pasar y repasar por su vera hasta despertarle la sed, cosa que era demasiado fácil de lograr.

Venían a ganar nueve reales dia-

rios de jornal, con lo que cómodamente —¡Oh manes del tiempo!...— se casaban, compraban cuatro botijos, doce vasos, algún licor, tal cual merengue, que había de hacer la dueña del cotarro, un sofá, seis sillas y dos faroles, para establecer un puesto en el Salón del Prado, que era todo el afán de un honrado aguador... En 1851 Madrid contaba con 2.000 metros cúbicos de agua diarios de las galerías



filtrantes, y tenía una población de 200.000 habitantes. La proporción que tocaba a cada madrileño era bien poca, y menos mal que las prácticas de higiene personal no estaban desarrolladas, pues entonces la sed hubiera devorado a los pobres «gatos». Naturalmente que morían de infecciones de todo género, y no eran ejemplo de limpieza sus vías y sitios de recreo... El agua, limitada en el verano, daba al traste con el ambiente coquetón madrileño, haciéndole abigarrado y polvoriento. El Manzanares suplía cuanto sus fuerzas le permitían tanta ruindad. El estiaje del río era mayor del que ahora conocemos y hasta él llegaban las cubas municipales de riego mandadas por aquel buen alcalde D. Carlos III, que no siempre eran oportunas, como demuestra un significativo dibujo del maestro Alenza.

Así estaban las cosas cuando Bravo Murillo, el gran estadista isabelino, que antes de los treinta años presidiría un gobierno, puso su mano para dotar a Madrid del agua que necesitaba. Sus planes y proyectos no fueron atendidos económicamente por el Municipio, y menos aún por empresa particular. Hubo el Estado de hacer suya tan importante mejora. Dos beneméritos ingenieros, Rofo y Rivera, fueron en 1848 encargados de la obra. Desistieron del Manzanares, cuyo caudal no cubriría las necesidades del porvenir. Pensaron en el Lozoya —el río «de las dulces aguas» de Jovellanos—, en el Sorbe y en el Jarama. Optaron por el primero, pero genialmente pensaron también en la vecindad de los otros dos para suplementar las peticiones de un aumento de población, como así ha sucedido. Desde el punto de vista químico —dice Lázaro M. Fesser, son las mejores del mundo, con las de Roma y Viena; no tanto desde el punto de vista biológico. Aquellos admirables ingenieros no dudaron en aprovechar el agua de los ríos, cuando gran parte del mundo

técnico de países cultos se oponían a ello. Madrid dió la pauta, adelantándose a la mayor parte de quienes después justamente elogiaron el hecho madrileño. El abastecimiento de agua de la capital de España tiene grandes analogías con el de Nueva York. En el comienzo de la obra la presa del Pontón resultó permeable y para arreglarla llegaron a trabajar 1.500 presidiarios y 200 obreros libres, cosa extraordinaria en aquel tiempo. No se pudo arreglar del todo y se construyó la toma de Navalejos. En los años que transcurrieron después se pasaron agobios económicos, incomprensiones políticas, enfermedades colectivas de obreros: el cólera del 55..., etc.

Todo se fué venciendo hasta llegar a hoy, que se trabaja para dotar a Madrid de una de las mejores conducciones de agua de Europa.

Severino Bello hace un recuento de fechas que nos dicen del esfuerzo y tenacidad de ingenieros y directores del Canal de Isabel II para que Madrid no haya dejado ni deje de tener el agua que necesita.

En 1899 se hace la propuesta del nuevo canal y Madrid llega a 540.000 habitantes. En 1911 funciona la elevadora de agua del Lozoya y la ciudad alcanza las 600.000 almas. En 1924 Madrid consume el máximo caudal que puede ser con-



ducido por el antiguo cauce y el número de sus moradores es de 814.000.

A este ritmo, repito, se desarrolla el antiguo Magerit, donde actualmente se rebasan los 2.000.000 de habitantes, teniendo que adaptarse muchas veces con pobreza de medios ingenieros y arquitectos a difíciles circunstancias. Pronto, antes de terminar el siglo, la capital de España gozará de los 5.000.000, y ello es preocupación actual, con lo que sembramos tranquilidad para quienes al recordarnos no nos tachen de imprevisores. Y Madrid se hermosea y llena de jardines. Quizá sea la población que mejor cuida de sus flores. Chicos y grandes hacen de sus macizos y praderillas motivo de devoción popular. Sus rosales y ramblas, sus cerretes y altozanos, cuando no se les puede vencer de otra forma, se les dulcifica con una pincelada de verde o se les entona con adelfas y geranios. Para ello se requiere de agua, más aún de la que pensaban los viejos ingenieros españoles, para los que pido a mis lectores una ofrenda de gratitud... Porque no olvidemos tampoco que la ninfa dándole agua de su gruta hizo crecer la sabiduría de su real amante Numa durante las visitas de éste al bosque Nemi y, por tanto, el agua nutre también los entresijos del alma. Y así no haremos cierta la estrofa de mi admirado Diego San José, escrita en otro sentido, pero que ahora me sirve de colofón para mis cuartillas como imagen del Madrid que no tuviera la maravillosa traída del agua de Lozoya:

«Que éste no es mi Madrid tengo por
[cierto,
y así me encuentro en él cual la pal-
[mera
en medio de la arena del desierto.»

Porque los «desiertos» madrileños elevan hoy al cielo la verdísima copa de sus árboles como justo homenaje a quienes hicieron posible semejante milagro.



ISABEL II

ARTE

EN SEIS RETRATOS

POR ENRIQUE PASTOR MATEOS

SS. AA. RR. las Serenísimas Señoras Doña María Isabel Luisa, Princesa de Asturias, y Doña María Luisa Fernanda, Infanta de España. Retratadas por José Gutiérrez, tomado de la litografía de José Jorro.

EN 1858 S. M. Católica Doña Isabel II, reina de España por la gracia de Dios y de una Constitución, la tercera de su reinado y llena de parches y remiendos, tiene treinta y siete años hasta el día 10 de octubre, en que celebra su trigésimo octavo cumpleaños. Lleva ya once años y va a hacer doce en ese mismo día casada con su primo hermano, el que fué infante don Francisco de Asís de Borbón y Duque de Cádiz, y que ahora se titula rey consorte.

Desde el 28 de noviembre del año anterior es madre de un niño que ha sido bautizado con el nombre de Alfonso y a quien la historia conocerá más adelante con el nombre de Alfonso XII. Tiene además una hija: la infanta María Isabel, nacida el 20 de diciembre de 1851 y que durante seis años ha sido conocida como la princesa de Asturias.

Isabel II no ha sido afortunada ni como reina ni como mujer. Quizá le sobró la corona para llevar a cabo su destino. Tal vez su temperamento y su carácter sumieron su reinado en un marasmo. Casada contra su gusto, divorciada espiritualmente desde el día de la boda, ni ha podido ser la burguesa tranquila y satisfecha, buena esposa y madre de sus hijos, ni su elevada situación le permite encontrar el gran amor de su vida, como exigía su





S. M. La Reina Doña Isabel II en el acto de pasar revista a la guarnición de Madrid, el 29 de abril de 1848. Dibujado y litografiado por J. Vallejo

época, a la vez burguesa y romántica.

Como reina tampoco el éxito ha coronado sus afanes. Sin verdadera vocación personal para ello, con una mediana instrucción, fiándose sólo de un talento natural poco cultivado, tuvo que hacer frente a una de las más delicadas épocas de nuestra historia. Por ello no es de extrañar que esta reina, joven todavía, con cuarenta y seis años por delante, se vea ya al final de su reinado, que ha de acabar en fecha próxima por el cansancio de los su-

yos, a manos de monárquicos.

Esto explica que los retratos de Isabel II posean todos ellos un doble fondo. Vestida con las galas de la corte, los atributos de su suprema magistratura unidos a la espléndida riqueza de los atavíos femeninos, se observa en la época de madurez un gesto de amargo aburrimiento. No han sido para ella nada las glorias de la guerra de Africa junto a la continua imposición de los espados: Narváez, Espartero, O'Donnell.

En segundo término triunfa,

sín embargo, la contextura de la mujer sana, fuerte, alegre, llena de vida y con deseo de gozar y de triunfar. Gruesa y de formas opulentas, de carnes blancas y tersas, con las facciones menudas, la boca voluntariosa, los ojos expresivos, la frente despejada y una hermosa mata de pelo partida por una raya meridiana y recogida en trenzas y moño.

La reina ha servido de modelo, como es de rigor, a los mejores artistas de la época. De pequeña, Vicente López ha reproducido su efigie ininidad de veces a fin de que el fervor liberal de las autoridades españolas pudiera exhibir la figura de la niña en cuyo nombre se guerreaba por toda España.

Vicente López suele agobiar la delicada personalidad de la joven reina bajo la pesadez de las vestiduras reales. Mayor encanto tiene el retrato de José Gutiérrez, en que aparece, todavía princesa de Asturias, en compañía de su hermana, con traje tenue y una flor en la mano, rodeadas de un paisaje tan delicado como convencional.

Posteriormente serán los pintores del Romanticismo español quienes darán a conocer sus facciones. De esta época es una litografía de Vallejo, en que la reina aparece a caballo, con su uniforme de capitán general y el toisón de oro al cuello, pasando revista a las tropas. En una litografía del francés Deberia la vemos en la época de su boda, sumida en un dulce y soñador romanticismo.

En época posterior ha de ser Federico de Madrazo el más afor-



Isabel II, Reina de las Españas, María Isabel, Princesa de Asturias. Retratada por F. Winterhalter en 1855, tomado de la litografía de León Noel en 1856



Isabel II, Reina de España. Iluminado. Dibujo del natural y litografiado por A. Devería.

tunado pintor de la reina, sin olvidar el maravilloso retrato de Winterhalter, el que en la misma época hacía famosa la belleza de la Emperatriz Eugenia, en que aparece Isabel II llena de dignidad y nobleza.

Contrasta el retrato de Winterhalter con otros de la misma época, como la litografía que re-

producimos de Bernardo Blanco, en la cual se observa un cierto declinar de su belleza y de su porte.

Años más tarde Isabel II paseó por Europa su fracaso envejeciendo irremediabilmente. Cada vez más gruesa, sus facciones se tornan hombrunas y aparece en su rostro una expresión de dureza

muy lejos de la mirada ingenua y soñadora de sus primeros años.

Esta reina recibió en sus manos la vieja España y entregó a la posteridad una Patria en crisis, desmantelada y dividida, rota y empobrecida, pero que empezaba a encarnar la nueva época: Capitalismo, industrialización, transformación técnica.

Esta mujer frívola y piadosa sin paz en sus rezos y sin tranquilidad en sus placeres acabó su vida sin hallar el secreto, terreno o ultraterreno, de la felicidad.

Así, Isabel II, la niña en quien puso la mitad de España sus esperanzas, la jovencita romántica, algún día novia de Europa, la mujer que conoció las glorias y amarguras de reinar sin gobernar, la anciana destronada, tuvo siempre el sino de ser muy mujer para ser buena reina y ser demasiado reina para lograr ser una mujer feliz.

Isabel II es, además, madrileña. Ha nacido en la Corte, y en la Corte ha pasado los años de su infancia. En una época en que los viajes son difíciles y costosos, se han unido a estos inconvenientes los de una minoría turbulenta

S. M. la Reina Doña Isabel II y su augusta hija S. A. la Princesa de Asturias. Dibujado y litografiado por Bernardo Blanco.

y los de un reinado lleno de agitaciones y trastornos. Isabel II no comenzará a ser viajera hasta el momento de su destronamiento, en días de destierro y olvido.

Su educación descuidada permite que lleguen hasta ella influencias populares de su tierra natal. Poco amiga de la etiqueta de la Corte, aburrida con el trato de sus preceptores, de sus ministros, de sus consejeros, poco satisfecha de la vida oficial, buscará a menudo el contacto del pueblo.

En muchas ocasiones se introducirán hasta ella gentes de escaleras abajo. En otras ocasiones, será ella misma la que descienda esas mismas escaleras, y vaya a disfrutar de escondidos horizontes madrileños.

Madrid, tal vez, no ha hecho justicia a esta madrileña, juzgándola siempre como mujer y como reina. Madrid tiene una época de su historia prendida en su nombre: el Madrid isabelino.

Es el momento en que Madrid rompe su vieja cerca, y empieza a extenderse por los terrenos de su ensanche. Es el momento en que realiza las primeras transformaciones de su casco viejo, en-



cuadrando la Plaza de Oriente, la que hoy lleva su nombre, y la Puerta del Sol. Es el momento, también, en que Madrid comienza a reformar sus viejos servicios, de acuerdo con su nueva fisonomía. Y entre estas reformas, ocupa un lugar importante, la traída de las aguas del Lozoya.

Isabel II firma y da su nombre

a las iniciativas de sus ministros, a los proyectos de sus ingenieros, al trabajo de los obreros, y al fervor popular.

El nuevo canal va a llevar también su nombre. El nombre de una reina poco afortunada, de una mujer no muy feliz, pero sobre todo, el nombre de una madrileña de corazón.



VIDA CORPORATIVA

CONMEMORACION DEL PRIMER CENTENARIO DEL CANAL

El Alcalde de Madrid, Conde de Mayalde, en el acto conmemorativo del I Centenario del Canal ante la estatua de Isabel II

El señor López Quesada durante su elocuente alocución en el mismo acto.

Momento de ser colocada por el Excelentísimo Alcalde de Madrid, Conde de Mayalde, una corona de flores en el monumento a Bravo Murillo



VA



El Presidente del Círculo de la Unión Mercantil e Industrial, señor Molinuevo, lee unas cuartillas alusivas al I Centenario del Canal de Isabel II

Aspecto de la velada celebrada en el Círculo de la Unión Mercantil e Industrial bajo la presidencia del Excelentísimo Sr. Alcalde y con asistencia de numerosas personalidades



Consejo de Madrid

DEL VIAJE DEL ALCALDE A LONDRES

El Alcalde de Madrid, Conde de Mayalde, y su esposa, la Duquesa de Pastrana, están pasando una semana en el Reino Unido (13-20 de septiembre), invitados del Ministerio del Exterior y mediante convenio realizado por la Oficina Central de Información.



El Conde de Mayalde (a la izquierda) ofrece un regalo a Sir Dennis Truscott, T. D., Alcalde de Londres, en Mansion House, Londres



El Conde de Mayalde, acompañado de su esposa, la Duquesa de Pastrana, visitó el Arundel Castle, Sussex, donde fueron recibidos por Su Gracia el Duque de Norfolk, K. G., y Su Gracia la Duquesa de Norfolk; hicieron una visita del castillo muy completa. La fotografía muestra a Su Gracia el Duque de Norfolk y al Conde de Mayalde en la Galería de Pinturas del castillo

El Conde de Mayalde visitó el Arundel Castle, en Sussex, donde fué recibido por Su Gracia el Duque de Norfolk y su esposa, quienes le acompañaron en su visita a las dependencias del castillo. En la fotografía aparecen, de izquierda a derecha: Su Gracia la Duquesa de Norfolk, la Duquesa de Pastrana, el Conde de Mayalde y Su Gracia el Duque de Norfolk, en uno de los patios del castillo



En su visita al burgo de Slough, Buckinghamshire, el Conde de Mayalde fué recibido por Mr. E. Gardner Thorp, ingeniero de la corporación, y por el Jefe Superintendente de Policía, Eric Watson, procediendo a inspeccionar el sistema de control de tráfico. Esta fotografía muestra el momento de examinar el nuevo sistema de control de luces para peatones

El Conde de Mayalde, acompañado de su esposa, la Duquesa de Pastrana, visitó el Arundel Castle, en Sussex, donde fueron recibidos por Su Gracia el Duque de Norfolk y Su Gracia la Duquesa de Norfolk; en la fotografía aparecen en una sala de exposiciones, donde la Duquesa de Norfolk muestra a sus huéspedes algunos de los vestidos de ceremonial sobre maniquies. Esta sala está abierta al público y es la misma Duquesa de Norfolk quien la tiene a su cuidado



GALERIAS
PRECIADOS

GALERIAS PRECIADOS

*Un Centro
de elegancia
en Madrid*

para señoras
caballeros
niños
el hogar...

GALERIAS PRECIADOS

Ayuntamiento de Madrid